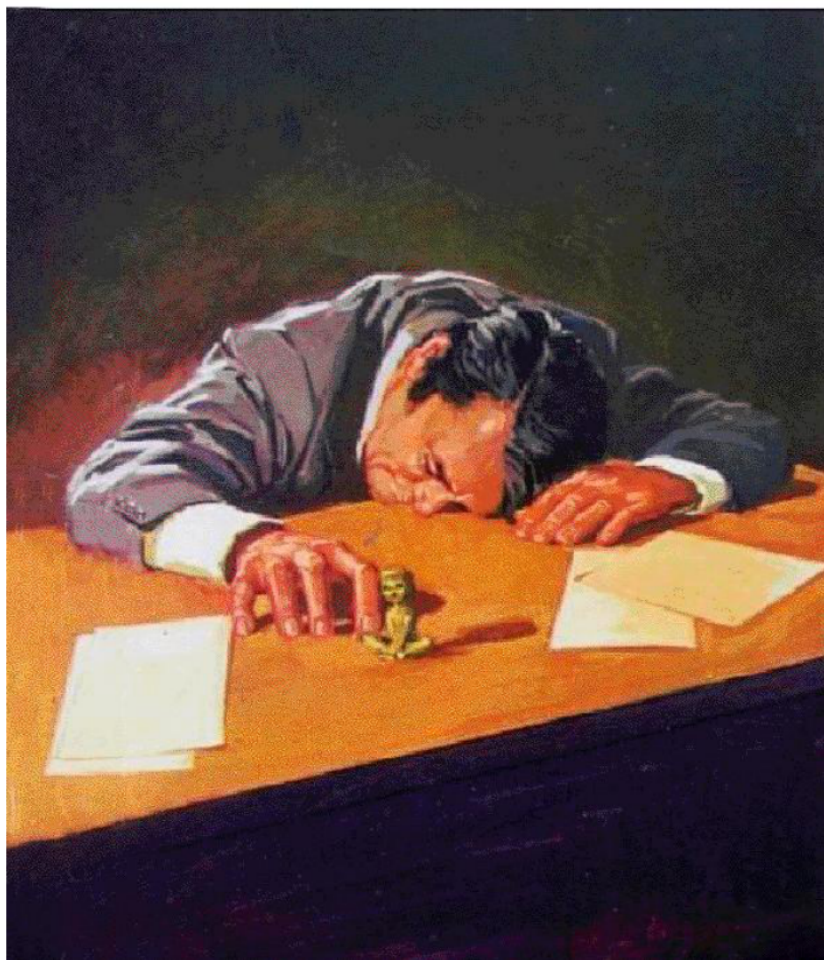


BOLSILLOS BRUJERA
PUNTO
ROJO

el juego del oro

burlton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL JUEGO DEL ORO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 685

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.057 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1975

© BURTON HARE - 1975

texto

© JORGE SAMPERE - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.285 — La dama del callejón.

En Colección PUNTO ROJO:

673 — Muerte doble.

En Colección LA HUELLA:

20 — Morir no gusta a nadie.

CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono sonó en la jefatura y el sargento que levantó el auricular hizo un gesto de fastidio al oír la voz de hombre.

—¿Por quién pregunta usted? —Gruñó.

Tras escuchar unos instantes, arrugó el ceño.

—Aquí no hay ningún teniente Craig, señor —dijo—. ¿Cómo? Frank Craig... Ya veo. Aguarde un segundo...

Manipuló unas clavijas, estableció comunicación y habló de nuevo:

—¿Capitán Wilcox? Tengo a un individuo en la línea exterior preguntando por el teniente Craig. Asegura que es importante... Está bien, señor, paso la comunicación...

El capitán Wilcox era un hombre corpulento, de aspecto un tanto zafio, pero que bajo su apariencia descuidada ocultaba un excelente y sagaz policía.

Esperó unos instantes y luego oyó la voz un tanto bronca.

—Frank Craig ya no pertenece a la policía, señor —dijo a través del auricular—. No... cesó hace meses. ¿Cómo dice? Bueno... sí, cesó voluntariamente. Ignoro su domicilio actual, aunque imagino que su nombre constará en la guía telefónica... Muy bien, no importa.

Colgó, ceñudo. No podía pregonar a todo el que llamara que Frank Craig había sido obligado a renunciar a su cargo, ni dar su dirección a cualquiera que por teléfono se interesara por un expolicía.

Lo mandó todo al diablo y volvió a dedicar su atención a los asuntos pendientes, que no eran pocos.

Minutos más tarde, el teléfono de Frank Craig repicaba insistentemente en un apartamento desordenado, ubicado en la cumbre de un edificio que dominaba bajo sus plantas la mayor parte del paisaje de Nob Hill.

El estridente sonido del teléfono se esparció por la cargada atmósfera, repercutió entre las paredes cubiertas de estantes con libros y cuadros con reproducciones de obras famosas, y llegó también al dormitorio.

La única que despertó fue la muchacha. Primero abrió un ojo y el sol que penetraba por entre las tiras de la persiana le hirió despiadadamente. Volvió a cerrarlo y se volvió de espaldas a la luz, notando la tibieza de las sábanas en la piel de su hermoso cuerpo desnudo.

El timbre continuó machacándole los tímpanos. De modo que entonces abrió los dos ojos y parpadeó.

A unas pulgadas de sus pupilas vio el relieve de unos músculos pertenecientes a un brazo sólido como una barra de hierro.

—¿No oyes ese escándalo, cariño? —musitó, soñolienta.

El se removió, sin despertar.

El timbre cesó en su concierto y todo volvió a quedar en silencio. A semejantes alturas no llegaba el estrépito del tráfico callejero.

Ella se relajó, cerró los ojos, suspiró y deslizó las puntas de los dedos por encima de aquel brazo duro y quieto.

Estaba adormeciéndose de nuevo cuando pegó un salto al estallar otra vez el timbre del teléfono.

—¡Eh, contesta o me obligará a taponarme los oídos! —chilló.

El ladeó la cabeza. Su revuelta cabellera roja destacó contra la almohada.

—¿Qué te pasa, nena? —balbuceó.

—¡El teléfono! ¿Es que estás sordo?

—¿Teléfono? ¡Oh, diablos, el teléfono!

Saltó de la cama como impulsado por un resorte y corrió a la estancia contigua. Descolgó el auricular de un zarpazo.

—¡Hable! —tronó—. ¡Aquí Craig!

—¡Frank! ¿Dónde demonios estabas?

—¿Quién habla?

—Soy Lorne. ¿Qué te pasa, estás dormido acaso?

—¿Lorne? Oiga, hable en cristiano. Éste no es mi mejor momento para adivinar acertijos. ¿Quién es Lorne?

—¡Lorne Marley, idiota!

Dio tal respingo que por poco no dejó escapar el auricular de la

mano.

—¡Marley! —exclamó—. ¿Es una broma, o eres realmente tú?

—Acabo de llegar. Telefoneé a jefatura y allí me dijeron que habías renunciado..., que ya no eras polizonte.

—¿Renunciado? Imagino que es una fórmula más o menos amable de decirlo.

—Bueno, ya me lo contarás cuando te vea. Pero necesito tu ayuda, viejo... ¡Dios! —No sabes cuánto te necesito.

—Si te refieres a la ayuda de un policía oficial, olvídalo.

—¡Tu ayuda, Frank! Tienes experiencia, ¿no? Escucha...

—Espera un minuto. Reconozco que estoy aturdido... Bebí como un cosaco anoche, y luego la chica y todo lo demás... Tengo la cabeza como un globo. Pero no acabo de comprender... Después de tantos años sin que nadie supiera una palabra de ti y ahora apareces pidiendo ayuda. Tendrás que aclarármelo un poco para que lo entienda.

—Te lo contaré todo. Han sido unos años de verdadera locura, viejo. Necesito verte cuanto antes, ahora mismo, Frank.

—Más despacio. ¿Dónde estás?

—En un motel de Palm Ridge. ¿O prefieres que venga a tu apartamento?

—Iré yo. Dime sólo dónde estuviste todo este tiempo.

—Aquí y allá... Ya sabes; Brasil, Colombia, Venezuela... Es una larga historia.

—Debe ser larga cuando ha durado cuatro años.

Hubo una breve pausa y después la voz de su interlocutor preguntó:

—¿Qué sabes de Grace, viejo?

—Sé cómo la dejaste y lo que ha padecido en todo este tiempo. Está enamorada de ti, maldito estúpido.

—Querrás decir «estaba»...

—¡Quiero decir que lo está! Ha llorado muchas veces sobre mi hombro fraterno.

—¿No se casó, Frank?

—No.

—He sido un tonto.

—Eso es decir muy poco. Bueno, dime el nombre de ese motel.

—Las Palmeras.

—Nos veremos ahí. Quizá tarde un poco, pero iré.

—De acuerdo, viejo. Sabía que podría contar contigo.

—Ya sabías más que yo. Debería enviarte al infierno, pero creo que Grace no me lo perdonaría nunca.

—¡No le digas nada a ella aún!

—No, claro...

Colgó, perplejo.

Tras él, la voz susurrante de la muchacha dijo:

—Bonita manera de despertarla a una.

Frank se volvió. La joven se hallaba envuelta en una sábana y tenía un aspecto fresco y juvenil, casi cómico.

Sonrió.

—Podrías patentar este modelito. Aunque para mi gusto sobra ropa.

La besó en la punta de su respingona nariz.

Ella indagó:

—¿Quién se baña primero?

—Tengo prisa, hijita, así que deberás esperar.

—¿Y me vas a dejar sola aquí?

—En ningún otro lugar estarías más segura, sobre todo estando yo fuera.

Se fue hacia el baño antes de que ella hubiera replicado.

Al fin, la muchacha se encogió de hombros y regresó al dormitorio, donde se vistió con algo menos estatuario que la sábana. Tras esto, se metió en la diminuta cocina y comenzó a preparar café.

Muy lejos de allí, el hombre del teléfono había colgado el auricular y estaba encendiendo un cigarrillo cuando la puerta se abrió violentamente y entraron tres hombres.

Los tres eran parecidos. Grandes, silenciosos y brutales.

El hombre del teléfono sabía lo que aquello significaba. Lo sabía tan bien y con tanta certeza que se tiró de cabeza hacia la silla donde estaba su chaqueta y el cinto con un revólver de cañón corto.

Antes que sus dedos se pudieran cerrar sobre el revólver recibió el primer golpe y cayó de bruces.

Era el principio del fin, aunque entre el principio y el fin hubiera una larga agonía...

CAPÍTULO II

Frank detuvo el convertible «Mustang M. I.» delante de la elegante oficina del motel.

Al apearse del coche tendió la mirada por el bonito paisaje de césped y palmeras, y la piscina en la que chapoteaban y reían una legión de mujeres de todos los tipos y colores.

El encargado era un hombrecillo pálido, de mirada triste. Mientras hablaba dejaba escapar con frecuencia sus ojos por la ventana para ver aquella inmensidad de carne dorada de sol expuesta junto a la piscina.

—Busco a Lorne Marley —dijo Frank—. Me citó por teléfono, pero olvidó darme el número de su apartamento.

—El señor Marley ocupa un *bungalow* al otro lado de los árboles. Es el número doce. Pero habrá de ir a pie, señor. Los coches no pueden cruzar más allá del aparcamiento.

—De acuerdo.

Salió y fue a estacionar el coche bajo el sombrero de palma, entre otros muchos autos de distintos tipos y marcas.

Después, caminó por un estrecho sendero bordeado de arriates floridos. Aquél era un buen lugar para pasar unos días de descanso. Sin la menor duda debía ser también un sitio inmejorable para entablar estrechas relaciones con la legión de damitas que chillaban en la piscina...

Vio el *bungalow* marcado con el número doce. Era pequeño, agradable y gozaba de la sombra de las palmeras, aislado como les debería convenir a las parejas que buscasen lugar donde arrullarse.

Llamó con los nudillos. Luego exclamó:

—¡Lorne! Soy Frank Craig. ¿Qué diablos esperas?

No hubo respuesta. Llamó otra vez, impaciente. Si Lorne le había obligado a desplazarse hasta ese apartado lugar, debiera haberle esperado.

Giró el tirador de la puerta y empujó, dando un vistazo al interior.

Había un desorden de todos los diablos. Alguien había rajado el colchón de arriba abajo y parte de él estaba esparcido por el cuarto.

Frank entró cautelosamente y cerró la puerta a sus espaldas.

Entonces vio los pies descalzos que sobresalían por un extremo del revuelto lecho.

Los pies estaban despellejados, quemados y los dedos carecían de uñas. Sintió revolverse el estómago ante la atroz visión y rodeando el lecho dio un vistazo a la cara del hombre.

Sin duda era Lorne Marley, aunque desfigurado por lo que le habían hecho. Incluso a pesar de tener la boca llena de ropa y una tira adhesiva amordazándolo, le reconoció.

Por lo demás, excepto mediante sus huellas digitales, nadie hubiera podido establecer su identidad de no conocerle muy bien, porque quien fuera que había realizado el sucio trabajo no había despreciado ningún sistema de tortura. Todos parecía haberlos puesto en práctica sobre ese cuerpo roto y destrozado.

Frank Craig volvió la espalda al cadáver y examinó el escenario con ojo experto.

Habían buscado algo sin duda. Algo que no abultara demasiado a juzgar por los lugares despedazados. Si lo habían encontrado o no ya era otra cuestión, porque la cosa se prestaba a distintas interpretaciones.

Vio la americana tirada a un rincón y la registró. Antes debieron hacerlo los asaltantes porque los bolsillos estaban todos vacíos.

—Tuviste un mal regreso, compañero —rezongó entre dientes.

Dedicó varios minutos a revisar todo aquel revoltijo, hasta convencerse de que, si algo había habido allí de interés, ya se lo habrían llevado los verdugos del viejo amigo.

De modo que tras borrar sus huellas del tirador de la puerta y de los lugares que recordaba haber tocado con las manos desnudas, salió, cerró con cuidado y tomando el coche abandonó el motel sin acordarse esta vez de admirar la profusión de cuerpos dorados que parecían esperar pacientemente la emoción de un encuentro.

Aceleró al enfilar la ruta costera, atravesó el distrito residencial de las colinas y cuando la carretera volvía a discurrir junto al mar torció por un amplio desvío lateral.

Diez minutos después detuvo el «Mustang» en una calle tranquila, se apeó y saltando por encima de una blanca verja de madera atravesó un pequeño prado de césped, al final del cual se erguía una agradable residencia como soñaba tenerla él algún día.

Se disponía a llamar a la puerta cuando oyó romperse algo cristalino en el interior, algo que se estrelló con inusitada violencia. Después, creyó oír una voz bronca, apagada, hablando con tono irritado.

Desistió de llamar y probó el tirador. La puerta estaba cerrada por dentro.

Se deslizó hacia la esquina, agachándose al pasar frente a una ventana. Sabía que encontraría otra puerta en la fachada lateral.

Ésta cedió cuando la empujó con cuidado.

Al entrar en la cocina oyó de nuevo una voz de hombre que exclamaba algo con voz de ira mal contenida.

Recordaba perfectamente la distribución interior de la casa. Cuando se internó por el corto pasillo que había más allá de la cocina, llevaba ya en la mano un corto revólver «Colt-Cobra», barrigudo y letal.

Escuchó tras una puerta. Ahora distinguió las palabras.

—¡Escupe de una vez, mala zorra! —Gruñó la misma voz que ya oyera antes—. ¡Te deja heredera, debes tenerlo tú entonces!

Otra voz intervino:

—Deja que la trabaje otro poco. Esta pájara cederá pronto.

Frank empujó la puerta con infinito cuidado, tan suavemente que ni siquiera él vio el movimiento de la hoja de madera hasta que tuvo un estrecho espacio por el que atisbar.

Había dos hombres frente a la mujer amarrada a una silla. Ella tenía la boca sellada por una ancha tira adhesiva y debía tener también la boca llena de trapos, a juzgar por la hinchazón de los carrillos.

Su mirada desorbitada por el terror estaba fija en el cigarro puro, encendido, que se acercaba inexorable a su rostro, sostenido por un individuo grande, amazocado.

Junto a éste había un segundo, y otro estaba más allá de la mujer, recostado contra una butaca, observando el trabajo de sus socios.

El cigarro puro casi tocaba la piel de la mujer cuando Frank

empujó la puerta y disparó al mismo tiempo.

La bala le entró al hombre del puro por la base del cuello y casi le arrancó la cabeza. El puro saltó por los aires y al caer el tipo derribó a la mujer y la silla, que era lo que Frank había calculado que sucedería.

Los otros dos reaccionaron como rayos. No eran novatos, de eso no quedaba ninguna duda.

Dispararon saltando en direcciones opuestas. Una bala peinó materialmente a Frank. La otra zumbó junto a su oreja.

Se dejó caer al suelo y tiró del gatillo mientras reptaba a un lado de la puerta.

El que había permanecido contemplando la obra de su compañero recibió un impacto en mitad de la cara. Hubo tal estallido de sangre, huesos triturados y masa gris desparramándose en torno que pareció como si en la cabeza le hubiera estallado una bomba.

El otro trataba de llegar detrás de la silla derribada en la que estaba atada la muchacha.

Frank gritó:

—¡Quieto donde estás!

El hombre corpulentoladeó la cara y la pistola todo a un tiempo.

Encajó un plomo en el pecho y dio una voltereta sobre sí mismo, cayendo después de costado. Aún intentó valerse de su mano armada y la pesada 45 que empuñaba osciló, buscando su objetivo.

Frank Craig rechinó los dientes. Hizo otro disparo, cuidando esta vez de no rematarlo.

La bala pegó en la pistola y el arma voló de la mano del asesino. Pero sucedió algo más, algo con lo que él no había contado.

La pesada bala del 38 rebotó al pegar contra la pistola y fue a enterrarse encima del puente de la nariz del pistolero. El hombre se abatió como herido por un rayo.

Maldiciendo en voz alta, Frank se incorporó. Había querido cazar a ese tipo con vida, porque los muertos no pueden hablar. Y él necesitaba que alguien hablara...

Levantó la silla con su aterrorizada carga.

—Tranquila, Grace —gruñó—, ya pasó la tormenta.

Ella le miraba con sus grandes ojos desorbitados. Estaba

ahogándose.

Le arrancó la tira que sellaba su boca. Hubo de extraerle también el pañuelo apelonado dentro de ella, y sólo entonces la muchacha empezó a chillar como una loca.

Frank suspiró. No le gustaba nada de cuanto estaba sucediendo.

Abofeteó a la mujer repetidamente, hasta que sus chillidos se extinguieron quedando solo los sollozos y las lágrimas.

—Eso está mejor, chiquilla —dijo, empezando a desatarla.

Estaba semidesnuda y sobre su piel tostada por el sol había ya cuatro o cinco rosetones producidos por la brasa del cigarro puro.

Al fin, ella recobró la voz y chilló:

—¡Frank, dijeron que Lorne estaba aquí... y que le habían matado...!

—Es cierto. Lo siento de veras, Grace.

—¡Le mataron... cuando volvía a mí...!

—Tranquilízate. La cosa ya no tiene remedio. Te habrían matado a ti también, de manera que alégrate de estar viva.

Ella le miraba. Parecía fascinada por su rostro de expresión dura, por aquella mirada helada y sin expresión que había en sus ojos de un gris claro y extraño.

—Tú..., tú... —jadeó.

—Hablaremos después. Voy a prepararte algo de beber.

—¡No me dejes aquí... con..., con esto...!

—Esta basura ya no puede hacerte ningún daño. Pero no importa, ven, apóyate en mí...

Hubo de llevarla casi en volandas hasta la estancia donde estaba el pequeño bar-rinconera.

Frank pasó al otro lado del diminuto mostrador y preparó dos vasos con una enorme cantidad de *whisky*. Le tendió uno a Grace y trató de sonreír.

—Bebe esto, te sentirás mejor después. Bébelo aprisa.

Ella casi se ahogó. Empezó a toser y su rostro se congestionó.

—Todo, acábalo, pequeña.

Ella vació el vaso. Hubo de apoyarse en el mostrador porque sus piernas temblaban tanto que apenas podían sostenerla.

—Frank... ¡Dios mío, Frank!

Volvía a llorar.

El la dejó tranquila. Apuró el licor a pequeños sorbos sin dejar

de mirarla. Las ropas que quedaban sobre su cuerpo eran puros harapos hechos tiras. Era muy hermosa, aunque eso él ya lo sabía. El que había sido lo bastante idiota como para ignorarlo fue Lorne Marley, de otro modo no se comprendía que la hubiera abandonado cuatro años atrás, días antes de casarse con ella...

—¿Estás mejor ahora? —dijo de pronto.

—¿Cómo..., cómo llegaste tan a tiempo?

—Yo siempre estuve a tu lado cuando me necesitaste. Deberías recordarlo.

—No bromees. Estabas a mi lado cuando me sentía desgraciada y necesitaba alguien en quién confiar. Pero esto es... ha sido distinto.

—Lo importante es que llegué oportunamente.

Estaba recobrándose bien, pensó él viéndola recuperar la serenidad con rapidez.

—Frank... ¿Es cierto que Lorne...?

El cabeceó.

—Sí. Lamento que con él llegara tarde. Ya estaba muerto cuando le encontré. Me había citado por teléfono.

—¿Te..., te habló de mí?

—Sí.

Ella se irguió, olvidada de su semidesnudez, el alma asomándole a los ojos.

—¿No me mientes, Frank? —jadeó.

—En absoluto.

—¿Qué..., qué dijo?

—Seguía enamorado de ti —dijo él, improvisando—. No podía creerme cuando le dije que nunca te casaste, esperándole.

—¿Eso le dijiste?

—¿No era la verdad?

—Bueno..., sí.

—Por eso se lo dije. Se emocionó y colgó el teléfono. Debieron sorprenderle apenas colgar, porque yo no me entretuve mucho y cuando llegué ya se habían ido.

—¡Fueron éstos, Frank! Me lo dijeron una y otra vez...

—¿Estás lo bastante tranquila para hablar de eso, gatita?

Ella le miró. En sus ojos había una intensidad terrible, una angustia mortal.

—Soy muy egoísta, Frank, ¿no es cierto? —dijo de pronto.

—¿Por qué?

—Estoy preocupándome de mí y de..., de él, acosándote a preguntas... y ni siquiera he pensado hasta ahora en ti...

—No es de mí de quien estabas enamorada. Es lógico que pienses en el pobre Lorne.

—Pero tú..., tú has matado a esos hombres. ¡Oh, Dios, ha sido tan horrible! ¿Qué te harán ahora? Quiero decir, después de lo que te pasó...

—Bueno, supongo que tendremos sus más y sus menos con el fiscal y los polizontes gordos de costumbre, pero no debes preocuparte por mí. Yo sabré capear el temporal.

—No has cambiado mucho a pesar de todo, ¿verdad?

—No tengo ningún interés en cambiar.

El trataba de mantener el tema, cualquier tema, para que ella fuera serenándose un poco más. Sabía que ya no podía demorar por más tiempo el aviso a la policía. Los disparos no debían haber sido escuchados por nadie, porque en esa calle recién abierta las casas estaban enormemente distantes unas de otras.

—Frank, ¿le..., le hicieron mucho daño antes de..., de...?

—Olvídate de eso. Buscaban algo. No creo que dieran con ello.

—Oro. Estatuas de oro. Y esmeraldas... Una locura. No comprendía nada. Dijeron que yo era su heredera... Un absurdo...

—Tal vez no. Le registraron, lo registraron todo. Tal vez Lorne hiciera testamento a tu favor alguna vez y conservaba una copia, de otro modo esos monos no se habrían inventado esa historia. Mejor será que dé un vistazo antes que lo haga la policía.

Volvió a llenar los vasos y le tendió el suyo a la muchacha.

—Bébetelo despacio ahora, ¿sí? Y no te muevas de aquí, a menos que quieras ir a vestirme, aunque por mí así estás tan sugestiva como una *lady* Godiva... casi.

—¡Oh...!

El la dejó con su confusión y regresó a la estancia donde los tres cadáveres inundaban el suelo con su sangre.

No eran un espectáculo agradable. No obstante, los había contemplado peores a lo largo de su carrera como oficial de Homicidios.

Dejó el vaso a medio vaciar sobre una mesita y empezó a revisar

los bolsillos de aquellos individuos.

Encontró lo que buscaba en el segundo. Luego, en el tercero, encontró algo más.

CAPÍTULO III

El capitán Wilcox estaba rojo de cólera y parecía a punto de sufrir un síncope.

Dominándose como pudo gruñó:

—Mira, Frank; he venido personalmente porque se trataba de ti, pero no me pongas las cosas más difíciles de lo que ya están, porque te abandono a los perros. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Perfectamente.

—Entonces, ¡por todos los demonios, habla de una vez! No puedes restregarnos tres cadáveres por las narices y esperar que no te hagan preguntas.

—Muy bien, pero nada de lo que te diga aclarará maldita la cosa. Un tipo me llamó por teléfono. Dijo que te había llamado a jefatura y que le dijiste que yo ya no era policía, de modo que...

—Esa parte de la historia puedes saltártela. El fulano estaba verdaderamente interesado en hablar contigo.

—Era Lorne Marley. Te había hablado de él alguna vez.

—¿Y qué con eso?

—Me citó en un motel. Dijo que necesitaba mi ayuda. Perdí un poco de tiempo debido a cosas que no tienen nada que ver con el asunto, y cuando llegué allí le habían matado.

Wilcox casi saltó en el aire.

—¿Quieres decir que estaba muerto, que encontraste un fiambre antes de venir aquí?

—Ciertamente, eso es lo que te estoy diciendo.

—Imagino que no se te ocurrió perder el tiempo avisando a los pobres polizontes, ¿verdad?

—No lo hice. Pensé desentenderme del asunto. Ya tengo bastantes líos sin necesidad de buscarme otros.

—Y tú que lo digas, hermano. Pero no sabes aún los que te van a caer... Pero prosigue, quizá consiga enterarme de algo concreto.

—Bueno, me largué de allí a escape y vine aquí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Sabías que encontrarías a esos tipos aquí?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué te diste tanta prisa en venir?

Frank suspiró resignadamente.

—Marley y Grace habían estado enamorados. Ella aún seguía estándolo. En realidad, él se largó faltando pocos días para la boda. Era un tipo loco y desquiciado. Supongo que sintió miedo de atarse para siempre a una mujer... o quizá pensó que la haría desgraciada con su endiablado carácter. El caso es que se largó. Me dije que ella debía saber que había regresado y que estaba muerto. Ella siempre le esperó, ¿comprendes?

—Ya veo...

—Esos tres monos fueron los que hicieron el trabajito con él, y te aseguro que no se anduvieron por las ramas. Comprenderás qué quiero decir cuando veas el cadáver. Estaban empezando a hacerle lo mismo a la muchacha cuando llegué.

—Y sólo se te ocurrió llenarles de plomo.

—No me salgas con ésas ahora. Disparé contra el que estaba clavándole un cigarro puro encendido en la piel. A ése le volé los sesos y te aseguro que no lo lamento. A los otros hubiera deseado cazarlos vivos, pero no me dejaron opción. Los necesitaba vivos, por lo menos a uno.

—Ya me doy cuenta. Tienen heridas como para cazarlos vivos. ¡Condenación, Frank! Volviste a las andadas. Disparaste a matar, sin más. A uno le volaste la cabeza en pedazos, y al otro le metiste un plomo por encima de la nariz, más otro en el pecho. ¿Cómo esperabas que hablaran con todo ese lastre en el cuerpo?

—Ya sé que es difícil de creer. Pero el que tiene una bala en el pecho le desarmé de un tiro. La fatalidad hizo que la bala, al rebotar de su pistola, se le incrustara en la cara, eso es todo. Encontrarás señales en ese «Colt» automático que él utilizó.

Wilcox se disponía a replicar cuando uno de sus hombres dijo:

—Ya hemos terminado con las fotos, señor.

—Muy bien, señalen las posiciones de los cadáveres y que se los lleven. Quiero una identificación inmediata de esos hombres. Si es

preciso pidan ayuda al FBI, quizá tengan sus huellas en los ficheros de Washington.

—Sí, señor.

Frank encendió un cigarrillo y acercándose a la ventana se quedó mirando al exterior.

El sol arrancaba vivos reflejos a las flores del jardín. El césped centelleaba a causa del agua que el riego automático había empezado a desparramar semejante a una fina lluvia.

—El fiscal pedirá tu cabeza esta vez —dijo Wilcox, tras él.

—Déjale que se desgañite.

—¿Piensas en tu licencia, Frank? Ya costó Dios y ayuda conseguir que te la dieran...

—Hasta que una comisión estatal pueda revocármela pasará algún tiempo. Hasta entonces pondré patas arriba a esta ciudad, James. Y si aclaro este embrollo ni siquiera una comisión del Estado se atreverá a dejarme sin mi licencia de investigador privado porque los periódicos escandalizarían demasiado.

—Imagina que fracasas...

—Bien, cambiaría de oficio —sonrió con ironía y añadió—: ¿Sabes una cosa, James? Siempre acaricié la idea de retirarme a criar gallinas en el campo.

—Eso lo creeré cuando las gallinas se críen a tiros... ¡Maldita sea, Frank! ¿Es que no comprendes el escándalo que se armará cuando se sepa que has acribillado a tiros a esos tres tipos?

—Lo imagino. Ahora falta también saber quiénes eran... y por cuenta de quién trabajaban.

—¡Eso maldito si importa ante el hecho de que están muertos!

Frank se volvió poco a poco. Su mirada se había helado de repente.

—Me importa a mí. ¿Te das cuenta? Esos tres monos habían despedazado a un amigo mío. El mejor que tuve jamás. Y estaban empezando a hacer lo mismo con Grace. Supón que les hubiese detenido...

—Pero no lo hiciste. Te limitaste a disparar.

—¡Imagínalo! ¿Qué hubiese sucedido de haberlo hecho? Oh, claro, un proceso, publicidad, testigos y un jurado. Con mucha suerte, una condena más o menos larga. ¿Y luego?

—Eso ya no era cuenta tuya.

—¡Sí era asunto mío! Con algunos indultos, dentro de cuatro o cinco años habrían estado otra vez en la calle, con una pistola en el bolsillo. Esos hijos de perra no cambian jamás, y tú lo sabes. Habrían vuelto a matar, a torturar. Ahora estoy seguro de que nunca más harán daño a nadie.

—Van a hacértelo a ti —dijo Wilcox suavemente.

—Yo puedo defenderme en todos los terrenos. Gentes como Grace, no pueden.

—Comprendo.

Se apartó de Frank para dar instrucciones a los peritos que buscaban huellas y rastros por todo el cuarto.

Frank Craig apuró el cigarrillo y encendió otro. Luego, bordeó el enorme charco de sangre seca y abriendo la puerta del dormitorio dio un vistazo al interior.

Grace estaba siendo atendida por un médico y ni siquiera le vio. Volvió atrás y gruñó:

—¿Podrás dejar a alguien custodiándola, James?

—¿Una escolta permanente?

—Pueden volver a intentarlo. De hecho, estoy seguro que lo intentarán otra vez en cuanto se haga público que esos tres perros murieron aquí. No puede quedarse sola.

—Y yo no puedo disponer de gente suficiente para un servicio de esta índole. Ya sabes cómo nos vemos obligados a trabajar, Frank.

—Aunque sólo sean veinticuatro horas —insistió—. Después, yo mismo me ocuparé de ella.

—Lo intentaré. Pero ¿tanto significa para ti esa mujer?

—Siempre ha significado mucho.

—Pero ella estaba enamorada de tu amigo Marley, ¿eh?

—Cierto.

—Ya veo..., aunque no lo entiendo muy bien.

—No necesitas entenderlo en absoluto. Sólo ordena que la custodien durante veinticuatro horas.

—Muy bien, dalo por hecho. Ahora vamos a ver otra cosa, viejo lagarto. ¿Qué buscaban esos tipos?

—Oro y esmeraldas, según ellos. Así se lo dijeron a Grace.

—¿Y por qué creían que ella podía saber algo de esto?

Frank extrajo un recio papel doblado y se lo tendió.

—Ésa fue la causa. Se lo encontraron a Marley.

—¿De qué se trata?

—Una copia de su testamento.

El capitán leyó el documento y enarcó las cejas.

—Está fechado hace apenas tres meses, en Caracas. Escrito en inglés y en español... Cualquiera creería que ese Marley sabía que estaba a punto de ser asesinado.

—Por lo menos, debía saber que estaba en peligro. Por eso pedía mi ayuda. Por eso redactó ese testamento. No tenía a nadie en el mundo a quien dejar heredero, excepto Grace, que le había permanecido fiel durante cuatro años. Cuatro años aguardando su vuelta, amándole a pesar de todo...

—Es posible que estés en lo cierto. Y ella, ¿ignora qué significa todo esto de las esmeraldas y el oro?

—No sabe nada. Marley aún no se había puesto en contacto con Grace. Me lo dijo por teléfono y me pidió que yo no le dijera que había vuelto aún... Supongo que quería darle una sorpresa, o presentarse personalmente para ofrecerle una explicación de su estúpida conducta.

—Oro y esmeraldas... Dios sabe dónde estará ahora todo eso.

—Esa misma pregunta estará haciéndose el fulano que mandó a los tres monos a buscarlo. Ahora deberá cambiar de táctica si continúa interesado en conseguirlo.

—Seguirá interesado, sea quien sea. La gente no renuncia a un puñado de esmeraldas con su acompañamiento de oro tan fácilmente. Oye, ¿registraste los cadáveres antes de llegar nosotros?

—¿Cómo crees que encontré el testamento si no?

—¿Y eso fue todo lo que encontraste?

—Seguro.

Wilcox le observó con evidente desconfianza.

—Quisiera estar seguro de eso —rezongó—. Estás bordeando un precipicio desde hace tiempo, Frank, y tú lo sabes mejor que yo. No te miento al decir que estoy preocupado por ti. Trabajamos juntos durante años y eso deja rastro. Pero nunca trabajaste con el fiscal y el rastro que él tiene de ti no es precisamente a tu favor.

Craig se encogió de hombros, ceñudo.

—Yo me ocuparé del fiscal cuando llegue el momento —murmuró entre dientes—. En cuanto a ti, ¿qué debo esperar?

—Bueno, lógica y legalmente debería encerrarte de momento, pero me conformaré con que me lleves a ese motel donde según tú guardas otro fiambre. Después, ya veremos.

El capitán se apartó para dar nuevas instrucciones a sus hombres, y tras esto empujó a Frank hacia la salida.

—¿Puedo confiar en que destinarás a un par de agentes como escolta de esa mujer? —le recordó aún Frank Craig.

—Ya di órdenes al respecto, así que andando.

Salieron de la sangrienta escena, para dirigirse a otra no menos espeluznante...

CAPÍTULO IV

Pensativo, Frank contempló cómo se llevaban el destrozado cadáver de Marley. Oía moverse a los peritos de la policía dentro del *bungalow* del motel y de vez en cuando el vozarrón del capitán crepitaba allá dentro con acento de ira mal reprimida.

En todo el perímetro del motel se había armado un buen revuelo con la presencia de la policía. Incluso las chillonas mujeres que retozaban en la piscina habían callado y observaban a distancia los movimientos de tantos polizontes como habían aparecido.

Arrojó la colilla del cigarrillo y estaba encendiendo otro cuando el capitán Wilcox apareció a su lado.

—Todo un matadero —refunfuñó—. Tú tenías razón, esos fulanos no se andaban por las ramas.

—Ya deberías saber que yo conozco perfectamente a esta clase de ratas.

El aspecto sombrío del expolicía hizo estremecer al capitán.

—Estoy preocupado, Frank —confesó—. Éste es uno de estos casos que levantan oleadas de pasión. Los periódicos se echarán sobre él como cuervos, porque tiene todos los ingredientes de un buen escándalo...

—¿Y qué?

—Te harán pedazos.

—Es curioso, ¿no crees? Me harán pedazos a mí, porque tumbé a esos degenerados que estaban a punto de convertir en tiras a una mujer, después de haber torturado bárbaramente a un hombre. Te apuesto doble contra sencillo a que ninguno de esos ilustres reporteros se ocupará de clamar contra el fulano que les mandó hacerlo, ni siquiera chillarán porqué en nuestra sociedad puedan agazaparse bestias salvajes como los tres rufianes que maté.

—Todo eso es cierto, pero sabes perfectamente cómo funcionan estas cosas. Vale más que vayas preparándote para el estallido. No

podré mantener alejados de este asunto a los reporteros por mucho tiempo.

—No te arriesgues por mí. En cierto modo, estas situaciones le dan emoción a la vida, ¿no te parece?

—Celebro que conserves el buen humor —refunfuñó Wilcox, ceñudo.

—¿Qué vas a hacer con el testamento de Marley?

—Haré que lo cotejen en el lugar donde fue registrado. Después lo devolveré a esa chica amiga tuya. Aunque dudo mucho que consiga entrar en posesión de esa extraña herencia alguna vez.

—Ésa es también mi duda. Oro y esmeraldas... No tiene sentido, a menos que Lorne Marley dejara alguna clave para encontrarlo todo en caso de morir. Y hasta ahora no veo cómo podremos descubrirlo.

—Eso equivale a decir que estás resuelto a seguir adelante...

—Ya puedes jurarlo sobre una montaña de biblias. A partir de hoy, Grace es mi cliente. El mejor cliente que haya tenido jamás.

—Dime una cosa, viejo. ¿Estás enamorado de esa mujer?

Frank se encogió de hombros, exhalando una nube de humo.

—Siempre lo estuve —dijo sencillamente—. Sólo que ella prefirió a Lorne... Era un tipo loco de atar, pero con un atractivo indiscutible. Lo amó ciegamente... y sigue amándole aún.

—Tal vez ahora tengas el camino despejado.

Frank Craig no replicó. Siguió fumando bajo la sombra del porche y el capitán regresó al interior. Minutos más tarde se marcharon los peritos de Homicidios y los dos hombres quedaron solos.

El capitán gruñó:

—Vamos, te llevaré al centro.

—Voy a quedarme aquí, James.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Frank, no pretendas segarme la hierba bajo los pies. Si tienes alguna pista, accederé a dejarte meter la nariz si la compartes, pero si pretendes jugar sólo esta partida...

—Quiero pulsar el ambiente, saber si Lorne habló con alguien de por aquí. Quizá con alguna de las chicas que matan el tiempo en la piscina. Quiero averiguar si cuando esos tres monos llegaron

alguien se quedó en el coche que les trajo... Ya sabes, cosas así.

—Eso es perder el tiempo, y tú lo sabes.

—Es mi tiempo, no el de los contribuyentes, James.

—Está bien, allá tú. Tengo la impresión de que vas a hundirte hasta el cuello esta vez.

Resoplando, furioso, el capitán Wilcox se fue hacia su coche y Frank le vio partir sin mover un músculo.

Cuando apuró el cigarrillo caminó pausadamente hacia la oficina del motel.

El encargado no le sonrió esta vez. Estaba colérico por todo ese revuelo que atentaba contra la buena fama de su negocio.

—¿Qué se le ofrece ahora? —Gramo desde el otro lado de la mesa.

Frank acercó una silla y se sentó frente a él. Antes de pronunciar una palabra encendió un cigarrillo, expelió el humo hacia el techo y clavó sus ojos helados en la cara del hombre.

—Usted está disgustado por todo lo sucedido —dijo—, pero yo lo estoy mucho más. El hombre muerto era el mejor amigo que tuve jamás, así que no se ponga rudo conmigo o le arrancaré la cabeza.

—¡Lo único que me faltaba eran sus amenazas!

—Hábleme de la llamada telefónica.

—¿De qué?

—Hubo una llamada telefónica desde el *bungalow* de Marley. He visto que el teléfono de las cabañas no es automático, sino que las llamadas tienen que pasar por una centralita. Bueno, ¿qué hay de eso?

—¿Cómo quiere que recuerde...? Está bien, usted gana. Hubo una llamada. Un individuo pidió un número de la ciudad. No sé si era su amigo o no.

—¿Qué número?

—Hill 26 850.

—¿No hubo otras?

—Mucho antes sí. Pero fue el propio señor Marley, desde esta cabina. No habló más que una vez desde la cabaña, y entonces le llamó a usted, señor Craig.

—Bien, gracias por su ayuda.

—Me gustaría saber de qué va a servirme su agradecimiento...

Salió fuera y anduvo hasta la cabaña otra vez. Sentóse en los

escalones del porche y fumó allí un par de cigarrillos, pensativo.

Cuando se levantó al fin, pidió un taxi por teléfono y esperó junto a la entrada del complejo hotelero.

Eran más de las dos de la tarde cuando emprendió el regreso a la ciudad sintiéndose extrañamente excitado por todo lo sucedido.

O quizá por lo que estaba aún por suceder.

Grace trató de sonreír desde la cama donde estaba recostada contra unos almohadones.

—Sabía que vendrías, Frank —dijo.

—Quería comprobar tu estado.

—He descansado un poco gracias a los comprimidos que me administró el doctor... Y tú, ¿qué estuviste haciendo?

—Nada concreto. ¿Piensas quedarte aquí cuando salgas de esa cama?

—¿Crees que debería mudarme?

—Eso debes decidirlo tú. Eres lo bastante inteligente para saber el riesgo que significa seguir en esta casa hasta que eso haya terminado.

—Comprendo... Crees que volverán a intentarlo...

—Estoy seguro. Por eso le pedí a Wilcox que estableciera una vigilancia permanente, aunque sólo puede mantenerla durante veinticuatro horas.

—Y después, ¿qué sucederá?

—Habré de cuidarte yo.

—Siempre he sido una preocupación para ti, ¿no es cierto? Por un motivo o por otro, siempre estuviste a mi lado cuando te necesité.

—Nunca significó ningún sacrificio.

—¿Por qué, Frank?

El se encogió de hombros.

—Quizá despertaste mis sentimientos paternos —gruñó.

—Estás enamorado de mí, ¿no es cierto?

—No hagas preguntas idiotas.

—Lo estás. Lo supe hace mucho tiempo, pero Lorne siempre se interpuso entre tú y yo.

—Estás diciendo muchas tonterías. Debe ser a causa de los sedantes.

—Creo que hasta ahora no vi claro.

—Me voy.

—Siéntate aquí, Frank.

—He de irme...

—Siéntate aquí y no seas payaso.

La muchacha palmeó las sábanas, a su lado. A regañadientes, él obedeció.

Grace le miraba sin pestañear.

—Lorne se metió en mi sangre como una droga —dijo de pronto Grace—. Fue un impacto demoledor para mí. Era tan alegre, tan apasionado, y necesitaba tanta ternura para vivir, para sentirse a gusto en este mundo desquiciado... Creí que yo significaba para él el complemento para que se realizara por entero. Luego, cuando se fue...

—No te he pedido explicaciones, gatita.

—Cuando se fue, todo mi mundo se vino abajo. Pero seguí amándolo a pesar de todo porque estaba segura que acabaría por volver a mí...

—Y volvió.

—Demasiado tarde.

—No fue culpa suya que le mataran. El volvía a ti.

—Y me emocionó esa idea. Pero antes de saber que había regresado ya le había borrado de mi corazón, Frank.

El se estremeció.

—No hubieras podido hablar así si en lugar de llamarme por teléfono se hubiera presentado a ti —gruñó—. Si hubiese acudido a ti pidiendo clemencia habrías vuelto a echarme en sus brazos.

Grace sonrió.

—Es posible. Pero ya no hubiera sido como antes. Muchas cosas murieron en mí durante esos años.

—¿Adónde quieres ir a parar con todo esto?

—Eso dejaré que lo decidas por ti mismo.

—Entonces me tomaré tiempo. Por lo menos, todo el tiempo que tarde en eliminar la amenaza que pesa sobre ti.

—Frank...

—¿Sí?

—¿Qué pasará contigo cuando se haga público lo sucedido con esos asesinos?

—El fiscal pedirá mi cabeza. Los reporteros pedirán mi cabeza.

Es posible que también las altas esferas de la policía se desgañiten reclamando mi cabellera. Fuera de eso, no pasará nada.

—Te destrozarán, como ya lo hicieron una vez.

—Entonces podían hundirme porque era policía. Y me hundieron. Pero ahora es distinto. Sólo una comisión estatal puede retirarme mi licencia. Y eso lleva tiempo.

—¿Y si lo hacen también?

—Para entonces, este asunto habrá estallado de un modo o de otro. Si lo resuelvo, tendrán que ocultar el rabo entre las piernas y tragarse el rencor o lo que sea que les empuja. Si fracaso...

—¿Si fracasas, Frank...?

—Cambiaré de oficio. Es lo peor que puede sucederme.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo peor no sería eso, Frank, sino que te mataran. No puedes ignorar que si es cierto que hay alguien poderoso detrás de esa búsqueda del tesoro de Lorne, no renunciará a conseguirlo.

—Eso ya lo sé. Será una carrera contra reloj entre ellos y yo. Pero de cualquier modo el tesoro será tuyo.

—¿Y si yo renunciara, Frank?

—¿Qué, renunciar?

—No necesito ese oro ni esas esmeraldas para vivir. Tengo una pequeña fortuna propia... Puedo renunciar y acabar así con todas las amenazas, todos los riesgos que te dispones a correr.

—Estás diciendo tonterías. No puedes renunciar a algo que no posees ni sabes dónde está oculto. Y ellos tampoco te permitirían abandonar ahora porque nada les convencerá de que tú ignoras el paradero de lo que buscan.

—Ya veo... Es una situación horrible, Frank. Si te sucediera algo también a ti, yo..., yo...

—Llevarías luto una temporada —gruñó Frank levantándose.

—¿Adónde vas ahora?

—A comprobar un número de teléfono. Quizá ese número me lleve hasta la cabeza de la conspiración.

—¿Por qué crees eso?

—Mira, gatita, he sido polizante mucho tiempo para saber pensar con claridad. Aprendí a meterme en el pellejo de mis adversarios cuando necesitaba saber cómo reaccionarían en una circunstancia determinada. Bien, pensé que los tres monos se

llevaron una sorpresa cuando encontraron el testamento en poder de Lorne.

—¿Y qué? En el testamento, él me nombraba a mí, de modo que fue por eso que vinieron.

—¿Espontáneamente, por su propia iniciativa?

—¿Y por qué no?

—Porque esos bastardos no piensan por su cuenta, no deciden nunca nada por sí mismos. Son terriblemente efectivos en su trabajo..., siempre que no necesiten emplear los sesos, porque no los tienen. Si tuvieran sesos suficientes no serían lo que son.

—No comprendo aún...

—Pensé que cuando descubrieron el testamento, forzosamente debieron llamar a alguien para recibir nuevas instrucciones. Y debieron hacerlo desde el motel, porque fueron muy rápidos al venir aquí. Así que investigué allí y obtuve ese número telefónico.

—¡Dios mío! ¿Crees que..., que pertenece al cabecilla de esta conspiración?

—Bien pudiera ser.

—Vas a arriesgarte una vez más, Frank...

—Espero que sea la última. Te veré por la mañana, cuando releve a los guardaespaldas que el capitán te ha colocado.

—¡No podré soportar la espera, Frank! Quiero que me llames tan pronto hayas resuelto lo de ese teléfono... Necesito saber que estás bien, que nada te ha sucedido.

—Muy bien, gatita. Todo saldrá según tus deseos, seguro. Pero te llamaré en cuanto pueda. Ahora, trata de descansar lo más posible porque mañana habrás de abandonar esta casa por un tiempo si para entonces no hemos acabado con todo este desagradable asunto.

Ella le vio marchar con el alma asomándole a los ojos. Tal vez si Frank hubiera podido ver la angustia de aquella mirada habría comprendido muchas cosas respecto a los nuevos sentimientos de aquella mujer.

Pero estaba demasiado preocupado, demasiado abstraído en el problema que tenía que resolver, de modo que no se percató de nada en absoluto y abandonó la casa apresuradamente, después de comprobar que los policías uniformados puestos allí por el capitán ocupaban sus respectivos lugares de vigilancia.

Cuando tomó su coche y emprendió el camino del centro de la ciudad ya casi había olvidado a la muchacha porque lo realmente importante estaba fuera de aquella casa.

Estaba quizá en un número de teléfono que sólo había una manera de localizar... Una manera que pasaba por los oficiales de policía.

Aunque incluso contando con eso estaba decidido a dejar de lado al capitán Wilcox por el momento.

CAPÍTULO V

El sargento Cady enarcó las cejas al ver aparecer a Frank en la oficina de la sección de ficheros.

—Caramba quién está aquí —cacareó con soma—. He oído que vuelven a correr malos vientos para ti, muchacho.

—No hagas nunca caso de los malos augurios, Cady. Yo soy una especie de supermán.

—Sí, sobre todo cuando tienes una pistola en la mano. ¿Qué pasó esta vez?

—Tres degenerados torturaron a mi mejor amigo hasta matarlo. Estaban haciendo lo mismo con una muchacha cuando les sorprendí. Ellos estaban armados y yo también. Es así de sencillo.

—¡Cristo! ¿A eso le llamas sencillo? Tumbaste a tres tipos...

—Ni uno menos.

Cady se rascó la coronilla alborotando sus crespos cabellos.

—No lo entiendo. Siempre te tocan a ti esos dulces —dijo con una risita—. Me pregunto qué te harán esta vez. Cuando eras teniente de Homicidios y te cargaste a tres fulanos armados como guerrilleros en pie de guerra, te obligaron a dimitir. Pero ahora...

—Ahora quizá me cuelguen. Oye, deja de preocuparte por mi futuro y hazme un favor del modo más discreto que puedas.

—Hecho. ¿De qué se trata?

Frank escribió en un papel el número de teléfono.

—Quiero saber a quién pertenece, sin que nadie en la policía huela lo que estoy haciendo.

—¿Eso es todo?

—Ajá.

—Eso no llevará más que unos minutos.

Descolgó un teléfono y habló breve y secamente por el auricular. Luego colgó, se volvió en el sillón y dijo:

—Me llamarán cuando lo tengan. Unos minutos...

Frank le tendió el paquete de tabaco y ambos encendieron. Entre el humo, el sargento comentó:

—¿Sabes una cosa? A veces pienso que tú hiciste lo único que realmente se puede hacer en este podrido oficio. Quisiera pedir el traslado y volver otra vez a sentirme un policía de verdad, en las calles o donde hiciera falta. Y darles a esos cuervos lo que merecen en lugar de tratarlos con guante blanco como se hace ahora...

—¿Y por qué no lo haces?

—Tal vez porque tengo mujer y tres hijos, Frank.

Éste cabeceó.

—Es una buena razón para no querer arriesgar el cuello —reconoció, sombrío.

Cady suspiró:

—¿Sabes cuántos policías han muerto en acto de servicio el último año? —preguntó inesperadamente.

—Pues no...

—Treinta y nueve —gruñó el sargento—. Treinta y nueve muertos, y casi el doble de heridos de bala, o por cuchilladas. Algunos no volverán al servicio activo... Y hay reporteros que todavía critican a la policía si en un tiroteo matan a cualquier pistolero de tres al cuarto porque según dicen ellos son ciudadanos que tienen derecho a un juicio con todas las garantías... Imagino que los policías muertos también tenían derechos...

—Estás amargado, Cady.

—Eso es debido a que pienso demasiado.

Sonó el teléfono y se desentendió de la charla para prestar atención al auricular.

Momentos después colgó y dijo:

—Ya lo tenemos, Frank; Randall Finchly, y la dirección es Canal Road, 22. Ése es el propietario del teléfono que me diste.

Frank tomó nota apresuradamente y tendió la mano a su amigo.

—Gracias, muchacho. Y no pienses tanto en lo que no tiene remedio. Aquí tienes un buen puesto.

—Ya lo creo. Un magnífico puesto de chupatintas, de burócrata, pero cuando ingresé en la policía no era eso lo que yo ambicionaba.

—Entonces no tenías una mujer y tres chicos —gruñó el expolicía dirigiéndose a la salida.

Canal Road discurría junto a Chinatown, por el lado del puerto.

Era una calle ancha, abigarrada, con aceras atestadas de gentes, tiendas de todo lo imaginable y escaparates en los que uno podía estar seguro de encontrar todo cuanto la imaginación humana fuera capaz de desear.

El número veintidós correspondía a la tienda de un anticuario.

Había un escaparate bien provisto, y un pozo de oscuridad más allá. Para entrar había que descender cuatro escalones, puesto que la tienda ocupaba un semisótano.

Desde el otro lado de la calle, Frank permaneció unos minutos observándola: De modo que los pistoleros llamaron a esa tienda cuando encontraron el testamento en poder de Lorne Marley, y alguien desde ese lugar les ordenó repetir su hazaña en el cuerpo de la muchacha...

Atravesó la calzada sorteando la riada de coches que avanzaban lentos pegados unos a otros.

Al abrir la puerta una sonora campanilla china tintineó en alguna parte.

El amontonamiento de cachivaches de todas clases era impresionante allí dentro, y la penumbra convertía en más sórdido de lo que era todo cuanto estaba amontonado de cualquier manera.

Un hombrecillo encorvado, de nariz aguileña y ojos de ave de presa surgió de pronto por detrás de una gigantesca armadura medieval.

—¿En qué puedo servirle? —cacareó.

Parecía como si hablara con la nariz.

—No lo sé —dijo Frank, valorándolo con su instinto de sabueso—. ¿Usted se llama Finchly?

—Randall Finchly. ¿Por qué?

—Demasiado fácil —refunfuñó Frank entre dientes.

—No comprendo, señor. ¿Qué es lo que desea, comprar algo, un regalo tal vez?

—No.

—¿Vender entonces?

—Quiero un simple informe.

El hombrecillo parpadeó.

—No veo adónde quiere ir a parar. Yo soy anticuario... —De pronto sonrió como si hubiera hecho un gran descubrimiento—. ¡Ya entiendo, amigo! —exclamó—. Quiere un peritaje, una valoración

de alguna pieza antigua o algo así. ¿Me equivoco?

—De arriba abajo. Alguien le llamó por teléfono esta mañana, alrededor de las nueve y media. La llamada fue hecha desde un motel. ¿Lo recuerda?

El anticuario le miró como si le creyera tan loco como un cencerro.

—¿Una llamada desde un motel? —balbuceó, estupefacto—. No sé siquiera de qué está hablándome...

—Debe saberlo. Llamaron a su número de teléfono. Alguien que le pidió instrucciones.

La cara del hombre era la imagen del más absoluto desconcierto.

—Oiga, aquí hay una confusión sin duda... A mí nadie me llamó esta mañana, excepto la señora Parks, a las doce, para pedirme que buscara la pareja de un viejo arcón que estuvo admirando hace unos días.

—¿Alguien comparte su teléfono?

—Nadie.

—¿Seguro?

—¿Usted qué cree, hombre? Tengo ese número hace más de cinco años.

Frank rechinó los dientes.

—Entonces fue a usted a quien llamaron los asesinos de Lorne Marley, viejo cuervo.

—¿Qué? —chilló el anticuario—. ¿Asesinos dijo?

—Está portándose como un tonto, porque he venido dispuesto a arrancarle la verdad aunque sea haciéndole pedazos. Lo mismo que usted les ordenó hacer a ellos.

Disparó el brazo y sus dedos se cerraron sobre la pechera del hombrecillo, casi levantándolo del suelo.

—¡Suélteme! —berreó el anticuario—. ¡No sé de qué está hablándome...!

—¿De veras no lo sabe? —Le zarandeó como a un muñeco. Oyó castañetear los dientes del hombrecillo y soltándolo con un empujón lo arrojó contra el pequeño mostrador que ocupaba un rincón de aquel revoltijo—. Oro y esmeraldas, bastardo. Eso era lo que buscaban sus esbirros.

Finchly parecía a punto de desmayarse y le miraba con ojos desorbitados.

—¿Oro? —jadeó—. ¿Esmeraldas? Voy a llamar a la policía...

—Hágalo. Como instigador de un asesinato no le caerán menos de diez años.

Estaba seguro de que no llamaría a nadie.

Y se equivocó.

El hombrecillo atrapó el auricular y disco un número apresuradamente.

Luego, con voz chillona, gritó:

—¿Policía? Soy Finchly... Hay un loco en mi tienda. ¡Tienen que ayudarme...! ¿Cómo? Canal Road veintidós... ¡Quiere matarme, estoy diciéndoselo!

Frank arrugó el ceño. O el hombre era un actor consumado o algo no encajaba en el cuadro.

De un zarpazo le arrancó el auricular de las manos y escuchó. Oyó una voz bronca que decía:

—... Un autopatrulla estará en camino en menos de un minuto y...

Colgó, sombrío.

—Hay trampa en alguna parte, cuervo —dijo—. Yo sé que los asesinos le llamaron pidiéndole instrucciones.

—¡No llamó nadie! ¿Cómo he de decírselo?

Retrocedió poniendo tierra de por medio, los ojillos rebosantes de pánico.

Frank echó un vistazo al número del teléfono, sólo para asegurarse de que era el mismo que él poseía. Lo era sin ninguna duda.

Se oyó una sirena aproximándose velozmente. Ya no tenía objeto escapar porque le buscarían por todo el distrito después de lo sucedido, de modo que encendió un cigarrillo y encaramándose al mostrador se sentó allí, profundamente intrigado.

—Encontraré la clave, viejo —masculló—. Y entonces le convertiré en una criba.

La sirena murió frente a la tienda con un lacerante aullido. Luego, dos guardias de uniforme irrumpieron por la puerta con los revólveres en la mano.

El hombrecillo saltó hacia ellos.

—¡Allí está! —berreó—. ¡Llévenselo de aquí, por favor!

Los guardias avanzaron resueltamente. De pronto, uno de ellos

dio un respingo y exclamó:

—¡Infiernos, teniente! ¿Qué está sucediendo aquí?

El anticuario pareció a punto de desplomarse.

—Hola, Morrison. No creí que se acordara usted de mí después de tanto tiempo.

—¡Ya lo creo que sí, teniente!

—Está atrasado de noticias —rió Frank—. Ya no soy oficial de policía.

—Para mi será siempre el teniente Craig. ¡Demonios! Usted era el único oficial con el que uno podía trabajar a gusto... ¿Qué pasa aquí, por qué chilla esa rata?

—Le hice unas preguntas y se puso histérico. De todos modos, que lo explique él ya que les ha llamado.

Morrison se volvió hacia el hombrecillo. Su cara sombría no auguraba nada bueno.

—Suéltelo. ¿Por qué llamó al precinto?

—¿Es que no quieren entenderlo? Ese hombre me golpeó, quería que le dijera no sé qué de unos asesinos, de una llamada telefónica... ¡Les digo que está loco!

Morrison enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—¿Va a presentar una denuncia formal contra el señor Craig?

—No sé...

—¿Rompió algo, causó desperfectos que puedan valorarse?

—No, pero...

—¿Puede usted mostrar alguna herida causada por el señor Craig?

—No, claro, pero...

—Entonces, ¿por qué infiernos hace perder tiempo a la policía?

El vozarrón del policía hizo temblar los cristales. El hombrecillo pareció perder estatura y se acurrucó en su rincón, atemorizado.

Frank saltó del mostrador y se dirigió a la puerta.

—Siento que hayan tenido que venir, Morrison, pero ese tipo perdió los estribos.

—Todos esos judíos son iguales —rezongó el otro guardia, un negro de estatura gigantesca.

Los tres salieron de la tienda. En la acera Frank les ofreció cigarrillos y encendieron uno tras otro.

Morrison se echó a reír.

—Hubiera estado bueno que le llevara a usted detenido al precinto... Vaya juerga la que se habría armado allí.

—He sido muy afortunado con tropezarme con usted.

—¿Qué pasó con ese viejo fósil?

—Estoy siguiendo una pista. Tenía un número de teléfono y resultó que era el de ese comercio, pero después de ver cómo ha reaccionado ese tipejo dudo de que sea el número correcto.

—No comprendo...

—Tal vez el que me dio el número se equivocó. Lo recordaba de memoria... Pudo confundir alguna de las cifras, eso es todo.

—Claro. ¿En qué anda metido ahora?

—Investigación privada.

—Un buen negocio. Desde que las series de televisión muestran a esos detectives privados como galanes de Hollywood, su papel ha subido hasta las nubes.

De nuevo se echaron a reír.

El negro gruñó con su voz bronca y retumbante:

—Deberían colgar a todos esos tipejos...

—¿A quiénes?

—Judíos, anticuarios... Detrás de la fachada todos ocultan algo sucio.

Frank se encogió de hombros.

—Eso ya cae fuera de mi esfera. Bueno, muchachos, gracias por todo.

Estrechó sus manos y se alejó hacia donde había dejado el coche.

Era una de las pocas veces en que se confesaba a sí mismo que estaba totalmente desconcertado. La única pista de que disponía... y se convertía en humo.

CAPÍTULO VI

Los periódicos de la tarde andaban llenos de informaciones respecto a los sangrientos sucesos. No se necesitaba ser ningún lince para adivinar la ira de los reporteros por no haber sido avisados a tiempo por la policía, a la que vapuleaban a placer, al tiempo que se lamentaban de la falta de fotografías de las «víctimas» del expolicía Craig, que de nuevo había vuelto a utilizar indiscriminadamente la pistola.

De Frank sí había una excelente fotografía.

Y también del capitán Wilcox en el momento de formular sus declaraciones a la prensa.

Aún no pedían la cabeza de nadie, pero no tardarían en hacerlo. Frank arrojó los diarios a la papelera y abandonó la oficina fastidiado.

Estaba cenando en el restaurante que solía frecuentar cuando un hombre se plantó ante su mesa. Era alto, delgado, de cara afilada y ojos astutos.

Frank levantó la mirada y gruñó:

—Largo de aquí, Powers. No espere que le invite a cenar.

El reportero acercó una silla y, sentándose, replicó:

—¿Cómo puede tener apetito después de matar a tres hombres, Craig?

—Tendría el mismo apetito después de arrancarle la cabeza a usted, de modo que no se pase de rosca.

—Supongo que Wilcox está protegiéndole... No pudimos conseguir ni una fotografía de los muertos. Debían estar sensacionales con todo el plomo que usted les metió.

Frank dejó cuidadosamente el tenedor. Su mirada se convirtió en puro hielo cuando dijo:

—Estaba mucho más sensacional el cadáver del hombre que ellos habían torturado, Powers. Le habría gustado a usted, sucio

perro al que le encanta hundir el hocico en la basura... Para empezar, le habían acribillado todo el cuerpo, hasta las partes más sensibles, con un cigarro puro encendido. Después, le quemaron los pies, le arrancaron las uñas... ¿Quiere que siga?

—Por favor —rió Powers.

—Se les murió entre las manos, ¿sabe lo que significa eso? Significa que el dolor del pobre hombre llegó a una cima tan increíble que se murió. Luego, los tres se fueron a casa de una mujer dispuestos a repetir con ella el mismo tratamiento. Cuando yo llegué ya habían comenzado a quemarla con otro cigarro puro...

—Y les mató.

—Sí.

—No pensó en detenerlos, aunque ahora ya no es policía. Pero no se entretuvo en echarles el guante.

—No.

—Claro.

El reportero se levantó.

Desde su altura dijo:

—Lea mañana mi artículo, Craig. Le gustará.

Frank se levantó también.

—¿Está seguro que tiene suficiente material, no le falta nada?

—¿Qué?

—¡Esto!

Disparó un zurdazo respaldado por todo su peso. El puño estalló en la cara de Powers como una bala de cañón y el reportero emprendió el vuelo derribando mesas y sillas y sembrando el desconcierto entre los clientes del local.

Frank caminó cachazudamente hacia Powers. Aturdido, éste estaba levantándose cuando le atrapó por los cabellos y tiró hacia arriba. Casi a rastras lo llevó a la puerta, abrió y de un tremendo puntapié mandó al reportero a través de la acera hasta el asfalto, donde aterrizó entre el rechinar de neumáticos y las maldiciones de los conductores.

Frank cerró la puerta y se enfrentó a los estupefactos clientes del restaurante.

—Les pido disculpas —gruñó—, pero el tipo andaba pidiendo ese tratamiento hace mucho tiempo...

Regresó a su mesa y siguió cenando.

Chuck Powers era el mayor responsable de su expulsión de la policía.

Los guardias de vigilancia nocturna le cerraron el paso surgiendo de las tinieblas del jardín.

—¡Quieto ahí! —Gruñó uno de ellos.

—Soy Frank Craig, muchachos.

—Ah, hola, señor.

—¿Ha venido alguien a ver a la señorita Parker?

—Nadie, excepto el doctor. Estuvo aquí durante la tarde.

—Gracias. Sigán vigilando. ¿Quieren que les prepare café en la casa?

—Ésa es una idea excelente, señor —rió el guardia.

Frank llegó a la puerta y llamó. Grace acudió a abrir y una sonrisa iluminó su cara.

—Entra —murmuró—. ¿Por qué no me llamaste en todo el día?

—No tenía nada que decirte. El número de teléfono en el que había cifrado mis esperanzas resultó un fiasco. Debía estar equivocado.

—Pero pudiste llamar... Estuve tan inquieta por ti...

—A mí no puede sucederme nada, ya lo sabes.

Ella le apresó la mano, llevándole hacia la sala interior.

—Leíste los periódicos, supongo —murmuró.

—Claro.

—Empiezan como la otra vez.

—Ahora no podrán exigir mi dimisión. Ni podrán presionar al fiscal para que me expulse.

—¿Por qué están siempre contra ti?

—Porque soy noticia, supongo. Aumento sus tiradas y eso encanta a los accionistas de los diarios. Olvídalo. Aún no piden mi cabellera.

—Pero sabes que no tardarán en hacerlo.

—Bueno, he acelerado un poco el proceso.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche he golpeado a un reportero... Powers. Mañana por la mañana su periódico me declarará el enemigo público número uno de San Francisco.

—Pero, Frank..., ¿por qué lo hiciste?

—Porque lo deseaba desde que pasó lo que pasó. Además,

necesito que se ocupen de mí en todas las ediciones.

—¿Estás loco?

—Quizá. ¿Qué tienes de beber? Y hay que preparar café para los guardias que vigilan ahí fuera. Se lo he prometido.

—De acuerdo. Lléname el vaso y ven a la cocina.

El obedeció, siguiéndola pocos instantes después.

Mientras manipulaba en la cafetera, Grace murmuró:

—Tuve una extraña llamada telefónica, Frank...

Éste se puso rígido.

—¿Qué?

—Un hombre. Dijo que yo sabía dónde estaba el botín de Lorne. Que si no les decía el escondrijo harían conmigo algo mucho peor que lo que hicieron con él..., a pesar de los policías que vigilan la casa. Saben que están ahí fuera, Frank. ¡Saben que están ahí!

Estaba poniéndose nerviosa.

—Tranquilízate. ¿Era una voz forzada, o te sonó natural?

—Bronca, baja, amenazadora en todo momento...

—Y dijo que se trataba del «botín» de Lorne. ¿Fue eso lo que oíste, el «botín»?

—Sí.

El encendió un cigarrillo, casi olvidado del vaso de *whisky*.

—No lo comprendo... Si se trata de un botín, es que lo que sea procede de un robo...

—¡Lorne no era ningún ladrón, Frank!

—No te sulfures. En cuatro años un hombre puede cambiar. No sabemos qué estuvo haciendo; el oro y las esmeraldas no crecen en los árboles, así que de algún lugar salieron.

—Tal vez trabajó en las minas...

Frank hizo una mueca.

—El oro que buscan, que estaba en poder de Lorne, no procedía de ninguna mina.

—¿Cómo lo sabes?

Echó el café y se volvió hacia él.

Frank dijo:

—Encontré algo más en los bolsillos de los asesinos, cuando les registré. Aunque a la policía sólo les mostré el testamento.

—Frank...

—Fotos. Bebieron facilitárselas para que pudieran identificar lo

que debían buscar.

Echó mano al bolsillo y sacó un puñado de fotografías.

En cada una de ellas aparecía una repelente figurilla de época remota. No podía juzgarse el tamaño por las fotos, pero no parecían muy grandes. Seguramente se trataba de ídolos paganos de alguna antigua civilización inca o maya, de eso Frank no estaba muy seguro.

—¿Qué te parece? —Gruñó.

—Horribles.

—Pero son de oro. Son fotos en color y no ofrecen dudas... Esos ídolos, o lo que sean, son de oro. Y hay veinte, linda. Además de las esmeraldas que mencionaron, todo lo cual debe elevarse a una bonita suma.

El aroma del café se esparció por la cocina. Frank retiró la cafetera y preparó dos tazas en una pequeña bandeja, mientras la muchacha seguía examinando cada una de las fotografías.

—Voy a llevarles el café —dijo—. Volveré en seguida.

Cuando regresó, con la cafetera vacía, Grace levantó la mirada hacia él y murmuró:

—¿Crees que Lorne robó esas figuras de oro?

—No creo nada... todavía. Pero si piensas un poco comprenderás que esos ídolos no se ponen a la venta en los almacenes. Por regla general son piezas históricas... Suelen pertenecer a los museos especializados o a grandes coleccionistas particulares. Y las esmeraldas tampoco son de comercio libre en Colombia. Su comercialización está estrechamente controlada por el Gobierno colombiano. Y Lorne dijo que regresaba de esos países de América del Sur. Es todo un revoltijo, pero debe tener algún sentido en alguna parte.

Ella se disponía a replicar cuando sonó el timbre del teléfono.

Grace se estremeció.

—¿Crees que será otra vez el mismo hombre?

—Lo sabremos si contestas.

Fueron apresuradamente hacia el teléfono, que seguía sonando. Ella descolgó el auricular mientras Frank le rodeaba la cintura con el brazo, pegando la oreja al aparato.

Una voz bronca y baja gruñó:

—¿Has pensado en lo que te dije, zorra?

—¿Quién es usted?

—El hombre que te hará pedacitos si no nos entregas lo que ya sabes.

—¡Pero no sé nada! Lorne no me habló siquiera... Supe que me nombraba heredera cuando aquellos hombres me mostraron el testamento...

—Pamplinas. Sólo tienes esta noche para decidirte. Mañana será demasiado tarde para ti. Y no confíes en ese polizonte aficionado que está ahora contigo... Nos ocuparemos de él para tener el camino libre.

Frank enarcó las cejas. Arrebató el auricular a la muchacha y dijo:

—Yo no soy Lorne Marley, hijo de perra. No podrán «trabajarme» como a él, porque yo disparo primero y pregunto después.

—Ésa es también mi táctica, Craig. No aconseje mal a la chica si realmente la aprecia.

—Ella ignora completamente el paradero de esos ídolos y todo lo demás.

—De modo que sabe que se trata de ídolos de oro.

—Encontré las fotografías en el bolsillo de tu camarada, cerdo. Cuando te vea haré que te las comas una a una.

—Si llega a verme alguna vez, Craig, va a tener cosas más importantes de qué ocuparse. Recuérdelo, mañana por la mañana quiero que esa zorra me diga dónde está todo el botín. Ya no habrá más dilaciones.

—Desde ahora puedes estar seguro que no te dirá una palabra porque nada sabe de las figurillas ni de las esmeraldas. Lorne no llegó a ponerse en contacto con ella.

—¿Y contigo, polizonte?

—Conmigo, sí.

—Entiendo.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Frank dijo:

—Ahora tienen algo más en que pensar.

—¡Pero sabían que estabas aquí!

—Seguro.

—¿No comprendes? Están ahí fuera... vigilándonos todo el

tiempo.

—No me oculté en ningún momento. Estacioné mi coche ante tu jardín y lo atravesé sin reservas. Cualquiera oculto en alguno de los coches aparcados a lo largo de la calle pudo verme.

—Pero es horrible... saber que me vigilan, que están ahí... dispuestos a todo...

—Hasta a meter la pata, gatita.

—¿Qué quieres decir?

—No te muevas de aquí. No apagues ninguna luz. Volveré pronto.

Abrió la puerta de la cocina lo justo para deslizarse a la oscuridad del exterior, en la parte trasera de la casa. Apenas hubo dado tres pasos, un policía se materializó junto a unos arbustos.

—¿Todo va bien, señor? —murmuró el guardia.

—Continúe vigilando. Voy a hacer una prueba.

—¿Qué prueba?

—Cazar ratas, muchacho...

Se alejó agazapado hacia la cerca que separaba el jardín de la calle posterior. Saltó los setos y corrió por la calle hasta la esquina. Allí siguió adelante hasta la calle delantera donde estaba parado su propio auto.

Había otros, coches cerrados y a oscuras a ambos lados. En alguno de ellos debían ocultarse los espías.

Casi arrastrándose atravesó la acera y se pegó al coche más cercano. Atisbo a través de las ventanillas a los otros sin ver movimiento alguno. No tenía la esperanza de que alguno de los que vigilaban fumara, delatándose con la brasa del cigarrillo. Sabía que debía habérselas con profesionales, y esa gente no comete esta clase de errores.

Poco a poco fue avanzando coche a coche, silencioso como un gato.

Unos minutos más tarde descubrió las oscuras siluetas en el asiento delantero de un «Cadillac» negro, al otro lado de la calle.

Suspiró. Allí estaban.

Empuñó el revólver y siguió acera abajo alejándose del lugar para poder atravesar la calle a cierta distancia, para no despertar la alarma de los pistoleros.

Lo hizo más allá de la siguiente esquina, caminando

normalmente. Luego, por la acera, anduvo con más cautela acercándose al «Cadillac».

Volvió a detenerse tres coches antes del ocupado por los espías.

Estuvo unos instantes quieto allí, sosteniendo el revólver y grabando en su mente las cifras de la matrícula.

Luego, resueltamente, caminó hasta el «Cadillac», se detuvo, abrió la portezuela de un tirón y gruñó:

—Abajo, camaradas, o ya no podrán apearse nunca más.

El más próximo volvió la cabeza y se llevó la mano a la axila en un movimiento instintivo. Frank le atrapó por las solapas y tiró salvajemente del hombre sacándolo del coche al tiempo que le incrustaba el cañón del revólver en la barriga.

—¡Saca esa mano con algo que no sea aire y te vuelan las tripas!

—¿Está loco? —bufó el pistolero—. ¡Quíteme las manos de encima!

Forcejeó sin mucho entusiasmo porque la presión del 38 en la barriga era un freno que no admitía réplica.

En aquel instante el otro le dio al contacto y el motor rugió. Frank soltó al pistolero y ladeando la mano disparó contra el conductor, pero falló porque el hombre se había convertido en una bola tras el volante.

El coche dio un salto, golpeó al vehículo que tenía delante arrancándole parte de la aleta trasera y salió con los neumáticos aullando y el motor acelerado de tal modo que parecía a punto de reventar en pedazos.

Frank oyó los gritos de los policías que acudían atraídos por el disparo y todo lo demás. Vio escabullirse al pistolero y gritó:

—¡Quieto o disparo, estúpido!

El hombre echó a correr y sin detenerse disparó para mantenerle lejos de él. La bala hizo astillas el cristal de un coche, cuyas partículas volaron en todas direcciones.

Una voz aulló desde el otro lado:

—¡Alto, alto, deténgase...!

Craig masculló una maldición y echó a correr detrás del fugitivo. Se disponía a gritarles a los policías que no disparasen porque quería cazar vivo al pistolero, cuando empezaron a tronar los revólveres de reglamento, y la potente pistola automática del forajido y la calle se convirtió en un volcán. Incluso por encima de

su cabeza zumbaron los proyectiles, de modo que Frank hubo de zambullirse en el aire como si se arrojara de cabeza al mar para eludir el plomo.

Cuando las armas callaron, irguió la cabeza. Vio un bulto en el asfalto, y a los dos agentes de uniforme aproximarse a él cautelosamente.

Ahogó una sarta de juramentos y se puso en pie. Uno de los policías cojeaba ostensiblemente.

El otro gruñó:

—¿Está usted bien, Craig?

—Aunque hicieron cuánto pudieron para tumbarme, creo que aún estoy de una pieza. Y usted, ¿está herido?

—Ese hijo de perra... me dio en la pierna. Duele como el infierno.

—Será mejor que vaya a la casa y llame por teléfono. Su compañero y yo nos ocuparemos de todo aquí fuera.

—Me parece que tiene usted razón.

Se fue renqueando y gruñendo.

Comenzaban a aparecer vecinos de las casas próximas, algunos con el pijama y otros a medio vestir.

El guardia que quedaba gruñó:

—¿Qué diablos sucedió, Craig? Este tipo parecía medio loco, disparándonos como si tuviera algo personal contra nosotros.

—Se me escabulló cuando el otro escapó con el coche...

—¿Sabe quiénes eran?

—Ni idea. De lo que no cabe duda es de que no se trataba de una pareja de tórtolos haciéndose el amor en el coche.

—Siga bromeando. Buena se va a armar cuando lleguen los jefazos...

—Mantenga apartada a esta gente. Hablaré con el capitán Wilcox si está de servicio.

Se fue hacia la casa. El policía herido estaba telefoneando al hospital en aquel momento.

Grace se echó en sus brazos temblando violentamente.

—¡Frank! —jadeó—. Creí que..., que también a ti...

—Tranquilízate. Ya te dije que las balas no pueden ni rozarme. Tengo hecho un pacto con el diablo.

—Dice el policía que hay un hombre muerto ahí fuera...

—Seguro, aunque esta vez no lo maté yo. Apuesto que Wilcox no querrá creerlo.

—¿Sabes quiénes eran?

—No me entretuve pidiéndoles la documentación. Pistoleros sin ninguna duda. Profesionales. Alguien está tomándose muchas molestias y gastando mucho dinero en este asunto.

La apartó suavemente, mirándola fijamente a los ojos. Sonrió.

—Vuelve a tu cuarto. Va a desencadenarse una tormenta cuando empiecen a llegar policías y reporteros, y no quiero que te vean.

Ella asintió y, tras unos instantes de vacilación, se apartó.

Tan pronto el guardia colgó el teléfono, Frank llamó a su vez. Estuvo hablando mucho tiempo con el capitán Wilcox. Pero se necesitaría algo más que palabras para calmar los gritos del policía, tan fuertes que incluso el auricular vibraba como una cosa viva.

CAPÍTULO VII

Esta vez nadie fue capaz de evitar la presencia de los reporteros y fotógrafos de prensa, de modo que los chispazos de las cámaras en la calle casi convertían la noche en día.

Dentro de la casa, Wilcox trataba de controlarse.

—No puedo comprender cómo armas una batalla con tanta facilidad. Con sólo que asomes la nariz en un asunto cualquiera, empiezan los disparos y alguien muere.

Frank expelió una nube de humo.

—Esta vez ni siquiera disparé contra el tipo que ensucia el asfalto allá fuera. Fueron tus hombres, viejo, y uno de ellos está en el hospital ahora con una pierna agujereada.

—Para la prensa eso no significará ninguna diferencia. Y estoy por decirte que para mí tampoco... Esta batalla la organizaste tú, aunque la libran mis hombres.

—Déjate de sermones. ¿Quiénes eran los tipos que mataron a Lorne Marley?

—Pistoleros, de Detroit. Profesionales, fichados y procesados varias veces, aunque nunca pisaron una cárcel por falta de pruebas.

—Era lo que imaginaba. Pistoleros importados... Eso no está al alcance de cualquiera, ¿eh?

—¿Importar matarifes? Bueno, depende de las relaciones de que disponga en el hampa.

—Te apuesto doble contra sencillo a que el tipo que yace en la calle era también forastero.

—Es la única manera de que nadie pueda seguirles la pista si caen... Se llega hasta su lugar de origen, pero eso es todo.

—A menos que cometan un error. O ellos o quien los «importó».

—Esa gente no comete errores.

—Ahí te equivocas. Quien sea que tira de los hilos, ha cometido dos de bulto. El primero, hablando más de la cuenta por teléfono,

permitiéndome comprender que mantenían vigilada la casa de Grace. Yo casi acababa de llegar y él ya lo sabía, de modo que la vigilancia debía ser permanente y efectiva. Acerté.

—Seguro; acertaste y otro tipo quedó listo para la Morgue. ¿Cuál fue el segundo error, según tu brillante intelecto?

—El coche.

—¿Qué pasa con él? Escapó, de modo que...

—Era un «Cadillac» negro, de modelo reciente. Y puedes apostar que no lo habían traído de Detroit. Las placas eran de aquí.

Wilcox se estremeció.

—¿Cazaste la matrícula?

—La memoricé antes de empezar el lío.

—¡Maldita sea tu estampa! Y no se te ocurre decirlo hasta ahora...

—No me habías preguntado nada al respecto —replicó el detective con ironía—. Tal vez fuera un coche robado, pero lo dudo. Resulta muy arriesgado utilizar un coche robado para esos trabajos de vigilancia que llevan tantas horas... Cualquier coche patrulla puede descubrirlo. Por lo general, utilizan sus propios autos.

—A menos que sustituyan las placas del auto robado por otras perfectamente inocentes. No obstante, quizá saquemos algo en limpio de esta matrícula.

Un tumulto en la puerta les interrumpió. Gruñendo, el capitán se dirigió al vestíbulo.

—Quédate aquí. Habré de decirles algo a los chicos de la prensa o tendremos dificultades...

Frank encendió otro cigarrillo y tras acomodarse en una butaca esperó, reflexionando a toda presión. Si la pista del coche fallaba, también volvería a encontrarse perdido por completo, sin un solo cabo al que agarrarse...

Wilcox colgó el teléfono, desalentado.

—Camino cortado —comentó—. El auto era robado sin duda. Pertenece a un tal Abraham Morris. Un tipo muy rico que aparece en las revistas de chismes muy a menudo, según acabo de saber.

—Yo también he leído el nombre alguna vez. Una especie de *play-boy* o algo así.

—Volvemos a estar como al principio —rezongó el capitán,

disgustado—. Si por lo menos los periódicos nos dejaran trabajar en paz...

Frank no replicó, limitándose a fumar en silencio.

Poco después Wilcox le dejó solo y se fue a dar un vistazo al dormitorio de Grace.

La hermosa muchacha estaba sentada en el lecho y le acogió con una sonrisa.

—¿Aún no se marchan, Frank? —murmuró.

—Ya no tardarán mucho. ¿Más tranquila?

—Ahora sí.

—Entonces, empieza a pensar en un buen lugar donde puedas permanecer oculta unos días.

—No se me ocurre ninguno, Frank. Habrás de decidirlo tú.

—No me gusta la idea... Es demasiada responsabilidad, porque de la elección puede depender tu vida. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Claro que lo comprendo, pero confío en ti.

El se encogió de hombros.

—Pienso que cuanto más complicado es un plan más probabilidades tiene de fracasar. Te inscribirás en un hotel discreto con nombre supuesto. ¿Qué te parece?

—Creo que es una buena solución...

—Llevarás un equipaje ligero, como para una estancia reducida en el hotel. Si después fuera necesario prolongarla, ya lo arreglaríamos.

—Lo que tú digas. Una vez más estoy en tus manos.

—Únicamente habrá que asegurarse de que nadie nos siga... Ni pistoleros ni periodistas. En estas circunstancias son tan nefastos unos como otros.

—Estoy segura de que todo saldrá bien —de nuevo sonrió llena de confianza. Luego, con una brusca transición, murmuró—: ¿Crees que Lorne robó las estatuillas y las esmeraldas, Frank?

—Eso ya lo preguntaste una vez y la respuesta sigue siendo la misma: lo ignoro. De cualquier modo no tenían derecho a hacerle lo que le hicieron. Eso tienen que pagarlo.

—Si lo que Lorne me legó procede de un robo, no lo quiero. Y casi estoy por decirte que no lo quiero bajo ninguna circunstancia, que renuncio a ello de antemano.

—Lo malo de eso, gatita, es que el tipo del teléfono no lo creará fácilmente, de modo que deja de preocuparte. Solucionaremos los problemas a medida que se presenten.

—Pero ¿qué he de decirle cuando vuelva a llamar por la mañana?

—Entonces, ya no estarás aquí. Tú y yo nos lardaremos tan pronto se vayan todos los moscones de ahí fuera. Nos iremos dejando en el jardín a los policías que se queden para protegerte, de este modo más tarde la presencia de los guardias hará creer a cualquiera que tú sigues en la casa.

—Piensas en todo, ¿no es cierto?

—Es mi trabajo. Y tú la más linda cliente que tuve jamás, de modo que tengo que ocuparme de ti.

Salió del dormitorio con la bellísima imagen de Grace en las retinas. Cada vez pensaba más intensamente en ella, quizá porque ahora ya no había nada que los separara.

Ni siquiera la sombra de Lorne porque éste había muerto, y a medida que transcurrían las horas su recuerdo iba deteriorándose de manera lamentable.

Dentro de poco tiempo podría no sólo pensar en Grace como la mujer de sus sueños, el viejo amor conservado a través de los años, sino que podría tenerla y convertir en realidad los deseos que le habían atormentado y que en vano trató de ahogar en el amor de otras mujeres.

Porque sin ninguna duda Grace era única. Decidió que seguiría siéndolo siempre a pesar de las amenazas y de la muerte que la rondaba.

Una muerte a la que debía aplastar.

CAPÍTULO VIII

Llegó a media mañana con todos los periódicos bajo el brazo. La oficina se le apareció fría e inhóspita y arrojando los diarios sobre la mesa abrió la ventana dejando entrar el sol y el ruido de la calle.

Después descolgó el teléfono y marcó el número de una agencia de investigación especializada en asuntos comerciales y rutinarios.

Cuando obtuvo comunicación dijo:

—Quiero hablar con Larry Thatcher. Aquí Frank Craig.

Esperó casi un minuto hasta que una voz sonora retumbó en el auricular:

—¿Craig? Me alegra oírte. He leído los periódicos y como de costumbre te despellejan... ¿Cómo te las arreglas?

—Hola, Larry. Es una manera como otra cualquiera de obtener publicidad gratuita.

—¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

—Anota un par de nombres... Abraham Morris, millonario me parece. El otro es Randall Finchly, anticuario, Canal Road número veintidós. ¿Los tienes?

—Seguro.

—Necesito un informe completo respecto a esos individuos. Ya sabes la clase de cosas que pueden interesarme.

—De acuerdo, pondré gente a trabajar en eso ahora mismo. ¿La tarifa de costumbre?

—Lo más baja posible porque esta vez yo soy mi propio cliente.

—Comprendo. Veré lo que puedo hacer. Tendrás nuestro primer informe a última hora de la tarde.

—Está bien, Larry.

Colgó y recostándose en el sillón empezó a leer el vitriolo que los periódicos vertían sobre él.

Casi le divirtió ver el interés que se tomaban en despedazarle profesionalmente. En especial, el largo reportaje de Chuck Powers,

a quien aún debían dolerle el puñetazo y subsiguiente puntapié.

Antes de que los hubiera revisado todos alguien llamó a la puerta y un hombre entró.

Le observó con interés. Era alto, de anchos hombros y su rostro de facciones pronunciadas estaba profundamente curtido y tostado de un modo que no se obtiene en las playas de moda.

—Siéntese —dijo Frank, apartando los periódicos a un lado y recostándose en el sillón—. ¿En qué puedo ayudarle?

El desconocido se dejó caer en una butaca. No parecía muy seguro de sí mismo en aquellos instantes.

—Me llamo Stephen Segal. He leído los diarios de esta mañana y los de ayer... Su nombre aparece profusamente en relación con todo el asunto de Lorne Marley.

—Los periodistas y yo tenemos una pequeña guerra entablada. Pero eso importa poco.

—Según se desprende de lo que he leído, usted era amigo de Marley... ¿Es cierto?

—Sin duda era su mejor amigo. Por lo menos lo fui hace cuatro años, antes de que desapareciera. ¿Por qué?

—Porque espero que pueda usted ayudarme.

—¿Qué tal si me cuenta sus problemas desde el principio?

—Mis problemas se reducen a uno: Lorne Marley.

—Lorne ya no es ningún problema. Está muerto.

—Precisamente en su muerte reside el problema —rezongó el visitante—. Yo venía siguiéndole desde Venezuela. Estuve a punto de atraparlo en San Diego, pero se esfumó. Luego, cuando llegué aquí ya era demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir exactamente con que estuvo a punto de atraparlo?

—Eso exactamente. Echarle el guante si usted quiere.

—¿Por qué razón?

—Había varias razones. La más importante, un millón de dólares.

Craig arrugó el ceño.

—Marley jamás tuvo en su poder esa fortuna.

—Usted lo ignora todo de él en esos últimos años, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad, pero quizá usted pueda informarme ahora.

—Lo haré. Yo fui socio de Lorne hasta hace poco. El rompió la

sociedad del modo más dramático; simplemente, se largó, y con él una mercancía que nos pertenecía a partes iguales.

Frank disimuló sus pensamientos y no despegó los labios, esperando que el otro prosiguiera.

Segal añadió:

—La mercancía valía un millón.

—¿En qué consistía?

—Joyas —dijo escuetamente.

—Para reunir un millón de dólares en joyas debía tratarse de un buen paquete.

—Era un buen lote.

—Y bien, ¿qué espera que yo haga por usted?

—Localizar esas joyas, por supuesto.

—¿Y por qué yo, sólo porque fui amigo de Marley?

—Usted le conocía bien. Además, he leído que él le llamó poco antes de que le mataran. Quizá le confió algo que ahora pueda orientarle en la búsqueda.

—Ya veo. ¿Dónde estaban ustedes antes de que Lorne le dejara plantado?

—Ya se lo dije... En Venezuela. Desde allí vine siguiéndole el rastro.

—¿Y antes de Venezuela?

—Yo le conocí en Caracas. Y él no gustaba de hablar del pasado, así que ignoro por completo qué hizo o dónde estuvo antes de conocerle.

—¿Cuánto tiempo fueron ustedes socios?

—Seis meses poco más o menos. Pero no he venido a que me someta a un interrogatorio —gruñó Segal de mal talante—. ¿Quiere ocuparse de buscar esas joyas o no, Craig?

—No estoy seguro de que me guste su encargo.

—¿Por qué, quizá le disgusta que le haya descubierto una faceta de su amigo que ignoraba?

—Nunca es agradable enterarse de que alguien a quien se aprecia y recuerda ha cometido un delito, pero ésa no es la cuestión ahora. Lo que me preocupa son esas joyas precisamente. Si sólo manejaron ustedes su negocio durante seis meses, debieron moverse mucho para reunir un millón de dólares en joyas.

—El caso es que estaban en nuestro poder.

—¿Legalmente?

Segal se levantó como impulsado por un resorte.

—Ya es suficiente —gruñó—. Lamento haber perdido el tiempo viniendo a verle.

—Siéntese, Segal.

—¡Maldito si lo hago!

Se dirigió a la puerta. Erguido, imagen perfecta de dignidad ofendida.

Frank sacó el revólver y levantó el percutor de manera que sonó un chasquido inconfundible.

—Vuelva aquí, Segal —gruñó—. Usted y yo no hemos terminado aún.

El hombre ladeó la cabeza. Pareció que se ahogaba al ver el arma.

—¡No se atreverá a disparar...! —jadeó.

—Si ha leído lo que cuentan de mí los periódicos sabrá que suelo darle al gatillo con mucha facilidad. Siéntese otra vez y todo irá bien, créame.

El hombre titubeó. Estaba rojo de ira y abría y cerraba las manos nerviosamente.

Al fin regresó a la butaca y derrumbándose en ella masculló:

—Espero tener ocasión de ajustarle las cuentas, Craig.

—Hay mucha gente que desea lo mismo y hasta ahora nunca lo consiguieron.

—Veremos...

—Mejor que empiece a hablar con sinceridad, Segal. Hasta ahora ha soltado una sarta de mentiras y medias verdades que no convencerían a un niño.

—El hecho de la fuga de Marley con las joyas es cierto, Craig.

—Admitido. Ahora dígame de qué clase de joyas se trata y cómo las consiguieron ustedes.

—¡Maldito si le cuento nada más!

—En ese caso, habrá de contarle a la policía.

Cambió el revólver de mano y descolgó el teléfono.

Segal se quedó lívido.

—¡Deje a la policía fuera de este asunto! —exclamó.

—Sólo hay una manera de que no les llame... Hable claro. Es así de sencillo.

Tras unos instantes, Segal farfulló:

—Usted gana...

—Yo siempre gano. Empiece a hablar y todo irá bien.

Colgó el auricular y recostándose en el sillón basculante se dispuso a escuchar, aunque sin abandonar el revólver, que ahora sostenía descuidadamente.

—Pregunte...

—¿Qué clase de joyas, Segal? No espere que le saque cada palabra con un sacacorchos.

—Bueno, hay rubíes, esmeraldas y algunos diamantes.

—¿Eso es todo?

—¡Condenación! ¿Le parece poco?

—¿Qué me dice del oro?

Segal dio un respingo.

—¿Oro? —balbuceó—. ¿De dónde saca esa idea?

—Los pistoleros que mataron a Lorne buscaban oro y esmeraldas. Y el oro no estaba en barras, como usted sabe muy bien.

—Parece saber usted más que yo.

—Las estatuillas, Segal. Vamos, déjese de rodeos y vaya al grano. Estoy cansado de jugar al escondite. Lorne trajo unas estatuillas de oro y un puñado de esmeraldas. Eso es seguro porque los fulanos que le mataron no se recataron en decirlo. Ahora aparece usted con un cuento destinado a tirarme de la lengua para saber qué me confió Lorne cuando habló conmigo por teléfono. ¿De veras creía usted que yo era tan idiota?

—Era una posibilidad —gruñó Segal.

—¿Qué hay de verdad en su asociación con Lorne?

—Es cierto. Nos asociamos para este asunto de las estatuillas. Las esmeraldas no entraban en el programa... Podemos decir que se nos dieron por añadidura. Cuando lo tuvimos todo él emprendió el vuelo. Lo crea o no, Craig, ésa es la verdad.

—¿Era un lote robado?

—A las alturas a que ha llegado todo el maldito asunto ya nadie es capaz de responder a esta pregunta.

—¿Cómo es eso?

Segal se echó atrás en la butaca.

—Estoy harto —masculló—. Invertí dinero en este negocio y

hasta ahora sólo me ha producido quebraderos de cabeza. Voy a decírselo y al diablo con todo... Marley llegó a Caracas procedente de algún lugar de Colombia. Por lo poco que sé, había llevado una vida de despilfarro increíble, viviendo por todo lo alto, si entiende lo que quiero decir. De modo que necesitaba un poco de capital para un negocio que traía entre ceja y ceja.

—Y acudió a usted.

—Fue la casualidad la que nos unió. Yo tenía el dinero y él la información de un asunto fabuloso. Usted sabe que en Colombia las esmeraldas son propiedad del Estado en cierto modo, con el fin de controlar su extracción y evitar una saturación del mercado que hundiría los precios. De modo que existe un activo contrabando. Marley conocía a un individuo que las sacaba del país... después de robárselas a sus verdaderos propietarios.

—Ya veo.

—Era un tipo capaz de llegar al crimen para conseguir las esmeraldas, arrebatándolas a los contrabandistas individuales. Bien, estuvimos vigilándole unos meses hasta que surgió la oportunidad que habíamos esperado. Lorne le tendió una trampa, nos hicimos con el paquete, y le dejamos con lo puesto cerca de la frontera. Ni siquiera nos vio la cara. Nos llevamos todo su equipaje, usted sabe... Casi nos caímos de espaldas cuando, además de las esmeraldas, hallamos también veinte estatuillas de oro.

Frank encendió otro cigarrillo, perplejo. Ahora la historia tenía cierto sentido.

—De modo —dijo— que ni usted ni Lorne sabían una palabra de las estatuillas hasta que las tuvieron en su poder.

—Así es. Nosotros íbamos a por las esmeraldas solamente.

—¿Quién más estaba enterado del negocio?

—Únicamente Marley y yo.

—Ahí no puedo creerle. Hay alguien más... Alguien que está utilizando asesinos a sueldo para recuperar esa fortuna.

—Eso me desconcierta tanto como a usted.

—¿Puede tratarse del contrabandista a quien despojaron?

—Le repito que ni siquiera supo quién le sacudió en la cresta. No nos vio. No nos conocía.

—¿Cuándo sucedió eso, Segal?

—¿El asalto al tipo, en la frontera?

—Sí.

—Hace ahora dos meses.

—Está bien, creo que ha dicho la verdad, pero si me ha mentado va a lamentarlo antes de lo que imagina. ¿Dónde puedo encontrarle si averiguo algo concreto sobre las joyas?

—Tengo una habitación en el hotel Hamilton.

—Le llamaré. Y ahora lárguese y déjeme trabajar. Segal se levantó. Ahora que había confesado la verdad ya no parecía tan seguro de sí mismo como cuando estuvo a punto de abandonar el despacho.

—Confío en usted, Craig —murmuró.

Y se fue.

Apenas se había cerrado la puerta, empezó a sonar el teléfono.

CAPÍTULO IX

Levantó el auricular y una voz dijo:

—¿Creyó que podría reírse de mí, Craig?

Se puso rígido, porque aquella voz era la misma que amenazara a Grace por teléfono. Instintivamente, accionó una pequeña clavija y replicó:

—Eso podría hacerlo hasta un niño.

—Yo nunca amenazo en vano. Ahora sólo queda usted para proporcionarme lo que busco. Le llamaré esta tarde. Para entonces ya se habrá convencido de que desafiarme significa morir.

—¡Espere un minuto! ¿Qué diablos quiere decir con todo esto?

—Es usted muy duro de entendederas. Quiero decir exactamente que mis hombres han hecho un pequeño trabajito en su amiguita. Debí hacerme caso...

Se oyó una carcajada y la comunicación se cortó.

Frank sintió una violenta corriente de hielo culebrearle por el espinazo.

Aquello solo podía significar que habían dado con Grace a pesar de todo. Y si era así no valía abrigar esperanzas. No con la clase de matarifes con que se enfrentaba.

Se levantó de un salto y salió disparado del despacho, rechinando los dientes y con la angustia torturándole.

Se detuvo en la acera y miró en todas direcciones.

Tal vez la llamada era sólo una trampa para que acudiera a comprobar si la muchacha estaba viva o muerta y poder seguirle así, localizándola con facilidad.

Dominando su impaciencia entró en una cabina telefónica y llamó al hotel donde la había instalado. Cuando le respondieron dijo, impaciente:

—Deseo hablar con la señora Sanders, por favor...

—Aguarde un segundo, señor.

Oyó el chasquido de varias comunicaciones. Luego, la voz fresca y tranquila de Grace susurró:

—¿Eres tú, Frank?

Hubo de apoyarse en los cristales de la cabina. Las piernas le temblaban y sentía el sudor deslizársele a lo largo de la espalda.

—¿Estás bien, gatita? —preguntó—. ¿No han habido dificultades ahí?

—Ninguna, querido. ¿Qué estás haciendo tú?

—Progresos, aunque al parecer no eres tú sola la propietaria de la herencia de Lorne.

—No me importa. Ahora ya sé que no quiero nada de lo que él haya dejado.

—Buena chica. Voy a colgar. Ten mucho cuidado.

—¡Frank! —exclamó Grace—. ¿Cuándo vendrás?

—Aún no lo sé.

—Deseo verte. ¿Me crees?

—Seguro, yo también lo deseo. Cuídate mucho.

Colgó y salió de la cabina. Notaba las ropas pegadas al cuerpo por el angustioso sudor que le había provocado la angustia mortal al creer que ella estaba muerta, despedazada quizá a manos de los asesinos.

Pero entonces la cosa no tenía sentido. Un tipo como el que manejaba los hilos de todo el condenado asunto no era de los que amenazaban en vano... ¿Por qué había afirmado que sus hombres...?

Se estremeció. De cualquier modo, Grace estaba sana y salva, y eso era lo único que realmente importaba.

No tenía ningún deseo de volver a la oficina, de modo que echó a andar por la acera con ánimo de cambiar sus ropas empapadas de sudor. Él sol ardía en la calle y las gentes se apresuraban en todas direcciones.

De pronto tuvo una idea y metiéndose en otra cabina telefónica llamó de nuevo a la agencia de detectives.

—¿Larry? —dijo cuando obtuvo comunicación—. Soy Craig otra vez.

—No cabe duda que se trata de tu dinero esta vez —rió la voz al otro lado del hilo—. Quieres resultados con poco tiempo y...

—No se trata de eso ahora. ¿Tienes corresponsales en Colombia?

—No es exactamente un corresponsal, pero dispongo de un buen contacto allí. ¿Por qué?

—Pídele que investigue si hace unos dos meses o poco más se ha producido algún robo de objetos de arte indígenas.

—¿Qué clase de objetos?

—Pequeños ídolos de oro. Antiguos y valiosos. Pero recomiéndale discreción absoluta.

—Me pondré en contacto con mi hombre por teléfono.

—Muy bien. ¿Cuándo tendrás un primer informe de todo lo demás?

—Lláname dentro de un par de horas. Es posible que ya pueda adelantarte algo.

—Gracias, Larry. Tengo una prisa endemoniada.

—Ya me doy cuenta. Suerte por tu parte.

Colgó, encaminándose a su cercano apartamento para cambiar de ropas.

Tan pronto entró captó el extraño olor.

Se quedó rígido, con una sensación helada culebreándole por todo el cuerpo.

Tardó un poco en llegar a la conclusión que pugnaba por entrar en su conciencia.

Sangre.

El extraño olor a cobre viejo.

Se precipitó a las habitaciones interiores, pero no la encontró hasta entrar en el cuarto de baño.

El horror le detuvo en la puerta como si hubiera tropezado con un muro. Luego, las náuseas le invadieron, y la cólera, y una ira loca como no recordaba haber experimentado jamás en todos los días de su vida.

Retrocedió a trompicones, ciego de dolor y de furia. Salvajemente descargó un puñetazo contra una puerta y la madera crujió sin que sintiera el dolor del golpe en la mano.

Se dejó caer en una butaca y respiró hondo tratando de controlarse. Después, descolgó el teléfono y coa voz ronca habló con la policía.

El capitán Wilcox se secó el sudor de la frente al salir del cuarto de baño. Su cara tenía un lastimoso color gris.

—Hijos de veinte perras..., hacerle eso a una mujer... —

balbuceó.

Frank estaba discando un número en el teléfono y no replicó.

El policía gruñó:

—¿Quién era, Frank?

—Una chica que conocí hace unos días. Intimamos. Ella vivía en una pensión... Se quedó aquí cuando yo me fui, pero pensé que se habría marchado... ¡Oiga! —exclamó por el teléfono—. ¿El Star? Quiero hablar con Chuck Powers.

Wilcox dio un salto.

—¡Espera un minuto! —Ladró.

La voz del reportero surgió en el teléfono y Frank dijo con voz sombría:

—Habla Craig, lumbrera. Si quiere el mejor reportaje de toda su sucia carrera venga a mi apartamento ahora. Y tráigase el mejor fotógrafo de que pueda echar mano.

—¿Craig?

—Sólo venga.

Colgó de golpe y encendió un cigarrillo. Wilcox dijo:

—No pretenderás darle la exclusiva a ese cerdo... Es tu peor adversario, Frank... ¡Maldita sea, responde de una vez!

—Quiero que vea de cerca la clase de angelitos que son los individuos que según él merecen una oportunidad, un juicio legal y con toda seguridad un veredicto lo bastante benigno para que puedan salir a la calle pronto, y volver a matar y torturar... Le obligaré a contemplar lo que hay en la bañera durante tanto tiempo que cuando le suelte no le quedará nada en el estómago.

—Estás loco, Frank. El fiscal ha firmado una orden para la revisión de tu licencia. Están preparando una acusación contra ti y todo lo que haces es desafiar a la prensa... ¿Dónde infiernos tienes los sesos?

No replicó. Wilcox no recordaba haberle visto nunca tan afectado, tan salvajemente colérico como en esos instantes.

—¿Sabes por qué le hicieron eso, Frank? Forzosamente debes tener una idea.

—¿Es que no lo has comprendido aún? Esos hijos de perra se equivocaron. La confundieron con Grace, eso es todo. Alguien pensó que yo la había traído conmigo a mi apartamento. Envió a sus esbirros y éstos encontraron aquí a una mujer joven y hermosa. No

necesitaron más. Ni siquiera pensaron en una equivocación. Esos perros rabiosos no piensan, tú lo sabes. Sólo matan, y torturan, ultrajan...

Su voz se extinguió en una nota aguda.

Wilcox se apartó impresionado. Quizá para librarse de la sensación de náusea que experimentaba empezó a azucar a sus hombres con voz ruda, a pesar de saber que no encontrarían nada que les sirviera para maldita la cosa.

Poco después llegó Chuck Powers escoltado por un fotógrafo. Cuando entró lo hizo con evidente cautela porque ignoraba cómo le recibiría el detective.

Frank enseñó los dientes en una mueca.

Dijo:

—Han vuelto a hacerlo, Powers... Fueron hombres que según sus palabras en los reportajes son como usted y como yo, como cualquier otro ciudadano y como cualquier ciudadano tienen derecho a que se respeten sus derechos... Bueno, vea los derechos que ellos respetan...

—No comprendo nada.

—¡Venga aquí, maldito cuervo!

De un empujón le tiró hacia la puerta del cuarto de baño. El capitán Wilcox se apartó a un lado y dijo:

—Esta vez la carnaza es toda suya, Powers. Que le aproveche.

El reportero asomó la cabeza por la puerta. Todo su cuerpo se estremeció y trató de echarse atrás, pero la zarpa de Frank le sujetó violentamente, obligándole a entrar en el cuarto de baño.

—¡Mírela! —rugió—. ¡Empápese de sangre, Powers! Disfrute con esta carnicería y luego escriba y chille pidiendo oportunidades para esos perros. Trate de convencerme a mí de que debo dárselas..., porque cuando los encuentre les haré pedazos. ¿Le gusta, muchacho? Vamos, saboree la sangre de una pobre mujer cuyo único delito fue encontrarse sola en mi apartamento cuando los asesinos vinieron...

—¡Suél... teme...!

—¡Vamos, no sea blando! ¿No le gusta saborear la sangre de una mujer? Porque aunque no lo parezca, ahora era una mujer, Powers... Una mujer endiabladamente hermosa, joven y llena de vida... Cualquiera habría vendido su alma para acostarse con ella.

¿Le gustaría a usted yacer ahora junto a «eso»? Adelante, es toda suya...

—¡Voy a..., voy a...!

Frank le soltó. Tambaleándose, el reportero retrocedió, miró en torno con ojos desorbitados y arrojándose a un rincón vomitó ruidosamente.

Wilcox gruñó:

—Ya es suficiente, Frank, déjale en paz.

—Maldito sea. Debí arrojarle de cabeza dentro de la bañera.

Miró al fotógrafo. El hombre no sabía qué hacer.

—Dispare su cámara. Esa carnada les gustará a sus lectores. Tome todas las fotografías que quiera. No volverá a tener otra oportunidad como ésta en toda su carrera...

La voz de Frank semejaba el chirrido de una sierra.

Titubeando, el fotógrafo se colocó en la puerta del baño y empezó a tomar algunas fotografías.

Chuck Powers estaba verde cuando se volvió hacia Frank.

—¿Quién..., quién era...?

—Averíguelo. Yo le di todas las oportunidades que merecía.

Durante unos segundos el reportero le miró a la cara. Luego, sin querer aprovechar la oportunidad de interrogar a la policía, se dirigió a la puerta y desapareció.

—Debí obligarle a limpiar el piso por lo menos —farfulló Craig.

—Olvidalo —gruñó Wilcox, devolviendo su atención al trabajo de los peritos.

Era pura rutina policíaca que no dio ningún resultado. Los asesinos no habían dejado pista alguna.

Una hora más tarde, Frank se había calmado lo suficiente para volver a razonar con cordura.

—Tengo una cinta magnetofónica grabada, en mi despacho —dijo—. Corresponde a la llamada del tipo que está detrás de todo esto. Quiero que la analicen tus peritos de sonido... Quizá saquen algo en limpio del hombre que habló por teléfono.

—Sabes cuán problemático es conseguir nada concreto sin disponer de otras muestras de voces de sospechosos para compararlas.

—Lo sé, pero si te detienes a pensarlo es lo único que tenemos.

—Sí, claro.

—¿Hablaste con ese tipo millonario, el dueño del coche?

—Lo hicieron dos de mis oficiales. Le habían robado el coche, tal como presumíamos.

—¿Tenía denunciado el robo antes de que fueran a preguntarle?

—No, ni siquiera había advertido que el «Cadillac» le había volado. Tiene cinco autos más y habrías de verlos... Imagino que ese «Caddy» debe servir sólo para la servidumbre.

—Ya veo.

—Vamos a por esa cinta, si te parece.

Cuando abandonaron el apartamento, ninguno de los dos abrigaba muchas esperanzas sobre el resultado de esa gestión...

CAPÍTULO X

La voz del encargado del motel gruñó por el teléfono:

—¿Equivocado? Nada de eso. Recuerdo perfectamente el número, aparte de que lo anoté.

Frank dijo:

—¿Conserva aún esa anotación?

—Debe estar en el bloc...

—Compruébelo.

—Claro, no tengo otra cosa que hacer... Espere, maldita sea...

Aguardó. Luego, la voz dijo:

—No hay error alguno. Es el número que le di.

—¿El 26 850 de Nob Hill?

—¡Sí, sí!

—Está bien, gracias.

Colgó. Esperó unos instantes, reflexionando, y tomando de nuevo el aparato llamó esta vez al capitán Wilcox.

—¿Qué puedes decirme de la cinta?

—Aún están trabajando con ella, pero no hay mucho que digamos. Todo lo que parece seguro es que el fulano tiene un leve acento italiano. De segunda generación, según los expertos, pero lo tiene.

—Un italiano nacido aquí... de segunda generación. Es toda una ayuda —gruñó, desalentado.

Colgó sin apenas despedirse y abandonó la oficina.

El crepúsculo se abatía sobre Canal Road cuando estacionó el coche en una esquina próxima a la tienda del anticuario. Caminó hasta ella por la atestada acera y empujando la puerta se coló al interior.

Oyó sonar la cristalina campanilla, pero el anticuario no apareció.

—¿Finchly? —Gruñó—. Soy Craig. Necesito hablarle.

Sorteó los innumerables objetos de todas clases que abarrotaban el local y colándose al otro lado del mostrador atisbo por una puerta entornada.

Correspondía a un reducido despacho. Parecía mucho más pequeño aún a causa de las estanterías y los cachivaches que las abarrotaban.

El hombrecillo estaba caído sobre la mesa, con la cabeza torcida en un extraño ángulo.

Con las manos en los bolsillos, Frank se acercó a él y comprobó que estaba bien muerto, aunque no había una sola gota de sangre por ninguna parte.

Se habían limitado a romperle el cuello. No debió costarles mucho hacerlo con un hombrecillo débil como el viejo anticuario.

—Si hubieses hablado a tiempo, aún estarías vivo —murmuró con mal reprimido rencor.

Miró en tomo. No había el menor signo de que el asesino o asesinos hubieran registrado nada. Se concretaron a matar y luego se fueron.

Cuidando de no desordenar nada, inició un metódico examen de los papeles que llenaban la mesa. No había nada de interés.

Abrió los cajones del escritorio. En el último de ellos vio un libro-registro y sacándolo empezó a pasar páginas.

Cuando lo devolvió al cajón una lucecilla de comprensión brillaba en la profundidad helada de sus ojos.

Estupefacto, el capitán Wilcox comentó:

—A veces pienso que los periódicos se quedan cortos cuando hablan de ti, Frank. Paso que das, cadáver que aparece. Ahora el de ese anticuario... ¿Te importaría decirme cómo llegaste hasta él, por qué le relacionaste con el caso?

—Utilizando los sesos para algo más que para rellenar el cráneo.

—Quizá quieras ilustrarme un poco.

—Los tres tipos que torturaron a Lorne descubrieron el testamento. Eran tres monos muy ligeros con la pistola, pero como la mayoría de esos degenerados incapaces de pensar por su cuenta.

—¿Y qué?

—Piénsalo... No desperdiciaron ni un minuto, porque estaban con Grace casi en el momento en que yo encontraba el cadáver de Lorne. No pudieron ir a consultar sus siguientes pasos. Debieron

llamar por teléfono para pedir nuevas instrucciones respecto al testamento...

—¡Infiernos!

—Ahí está. Investigué en el motel y resultó que desde la cabaña de Marley llamaron a ese número..., al teléfono del anticuario.

—¡Maldita sea! Eso debió ocurrírseme a mí.

—Recuérdalo para otra vez.

—Sin embargo, es muy raro que ahora se lo hayan cargado si él era quien daba las instrucciones a esos criminales.

Frank sacudió la cabeza.

—No creo que él diera instrucciones a nadie... Más bien pienso que su teléfono sirvió para el contacto esporádico con alguien y el viejo trató de aprovecharse apretándole las clavijas a quien fuera. Por eso murió.

—Pero los asesinos, si hemos de creer en tu teoría, sabían de antemano que debían llamar a ese teléfono si necesitaban nuevas instrucciones...

—Claro que lo sabían.

—Sigo sin entender dónde entra el viejo cuervo en este juego.

—¿Quién mejor que un experto anticuario para colocar u obtener valiosas antigüedades?

Wilcox dio un respingo.

—¿De qué estás hablando ahora?

Frank se levantó cansadamente.

—Es sólo una idea. Quizá me equivoque.

Y se dirigió a la puerta del despacho del policía.

Éste gritó:

—¡Espera un minuto!

—Ya no tengo nada más que decirte, palabra. La muerte del viejo ha vuelto a embrollarlo todo y estoy desconcertado. Ya nos veremos.

Salíó y cerró la puerta antes de que Wilcox saliera de su estupor.

Anohecía. Condujo lo más rápido que pudo por entre el apretado tráfico hasta el estacionamiento del enorme edificio donde estaban las oficinas de la agencia de investigación que utilizaba esporádicamente.

Subió en el raudo ascensor, atravesó un pasillo y empujando una puerta se enfrentó con una hermosa recepcionista.

—Me llamo Craig. Larry Thatcher está esperándome.

—Espere unos instantes...

Larry Thatcher era, como él, un expolicía, aunque en el caso de Thatcher su salida de la policía había sido completamente voluntaria por su parte.

Alto y macizo, de cabello ralo, era, o había sido, un peligroso representante de la ley cuando las cosas se ponían violentas.

Estrechó la mano de Frank con cordialidad.

—Otra vez hablan de ti los periódicos —rió cuando se hubieron acomodado en su despacho—. Si hubieras de pagar tanta publicidad, te costaría una fortuna.

—Sin embargo, soy mi único cliente. ¿Qué te parece?

—Sorprendente.

—Eso es lo menos que puedes decir. He venido por mis informes, Larry. Tengo la sensación de que mi tiempo en este caso está agotándose.

—Aquí tienes. Nosotros hacemos las cosas bien, ya sabes —rió al entregarle dos pulcras carpetas amarillas.

Dentro de ellas, cuidadosamente encuadernadas, había varias hojas mecanografiadas.

—¿Y de Colombia, sabes algo?

—Mi hombre está trabajando aún, pero un primer informe suyo indica que se cometió un importante robo a un gran coleccionista. Se trata de un expolítico, exgobernante, millonario en activo y que vive como una especie de rajá. Sin embargo, eso es todo lo que sé de momento. Seguramente podré ampliarte los detalles por la mañana.

—Quizá ya no sea necesario. Veamos estos informes, si resisto a leer tanto papel escrito.

Larry Thatcher se echó atrás, riéndose, y encendió un cigarrillo mientras Frank se empapaba del contenido de los legajos.

Cuando terminó la lectura su rostro estaba crispado y pálido.

Larry gruñó al ver su aspecto:

—¿Qué diablos te ocurre ahora?

—Ya puedes suspender todas las investigaciones, viejo. Tengo todo lo que necesitaba.

—¿De veras? Pues entonces es que eres más listo que yo, porque no he podido encontrar nada en estos escritos que tuviera la menor

trascendencia.

—Tus hombres han hecho un buen trabajo. Mándame la cuenta como de costumbre.

—Muy bien, pero sigo sin entenderlo.

Frank sonrió.

—No creo que cobres para entender los problemas de los demás, sino para descubrirlos... y tu gente los ha descubierto aunque no lo parezca.

Dejó al detective perplejo y abandonó el gran edificio de oficinas, silencioso ya como una tumba.

Ahora estaba seguro de pisar terreno firme. Sólo había una cosa que no encajaba... La identidad del hombre del teléfono, el individuo con un ligerísimo acento italiano.

Pero eso saldría más tarde por sí solo. Lo importante, ahora, era la seguridad de conocer al hombre que debía morir.

CAPÍTULO XI

Grace despegó los labios a regañadientes y murmuró:

—¿Te das cuenta que es la primera vez que me besas, Frank?

—¿Tú crees?

—Y tú también. Antes te habías despedido algunas veces con un ligero beso en la mejilla. Ahora...

—Sólo yo sé lo que me costaba despedirme de aquel modo. La proximidad de tu piel, de tu boca, de tu aliento, parecían quemarme.

—Cuánto tiempo hemos desperdiciado, querido... Años y años perdidos...

—Nos daremos prisa por recuperarlos de ahora en adelante. Sólo con que todo esto termine y ya no habrá sombras entre nosotros.

—¿Es necesario que sigas arriesgándote?

—Ya falta poco..., muy poco. Espero terminar esta misma noche. Ella se echó atrás, asombrada.

—¿Esta noche? —exclamó—. ¡Frank! ¿Sabes ya quién...?

—Lo sé.

—Ese horrible hombre del teléfono... ¿Cómo pudiste descubrirlo?

—Ese del teléfono es un simple peón. El auténtico responsable de tanta sangre y tanta muerte es otro. Un individuo ajeno al mundo del hampa. Por eso necesitaba la ayuda de un profesional del crimen..., un hombre que fuera capaz de disponer de asesinos en cualquier momento.

—Pero tú sabes quién es...

—Y voy a llamarle por teléfono ahora mismo.

Ella dio un respingo.

—¿Llamarle? No comprendo para qué...

—Ese hombre es importante, guarecido detrás de sus millones. Podría abordarle abiertamente y nunca conseguiría probar lo que

sé. Pero si pierde la serenidad y pide ayuda directa al pistolero que contrató mataré dos pájaros de un tiro, porque el hombre del teléfono estará junto a él para protegerlo de mi visita.

—Me da vueltas la cabeza. Vas a anunciar a ese hombre que pretendes visitarle, acusarle de los crímenes. ¿Cómo crees que te recibirá?

—Con fuegos artificiales, bandera y banda de música. ¿He de repetirte que no debes preocuparte nunca por mí?

—Sí, ya sé... Un supermán y todo eso. Pero temo que los pistoleros no lo sepan.

El rió.

—Me ocuparé de informarles.

Volvió a besarla. Y de nuevo Grace sintió que el mundo giraba como un torbellino, que los colores eran más vivos, que todo su cuerpo parecía más ligero y que casi podía volar.

Luego, Frank Craig se apartó, descolgó el teléfono y tras consultar un número lo disco con resolución.

—Ahora tengo miedo, Frank —susurró la muchacha, estremeciéndose.

—Olvídalo... ¿Señor Morris? —Gruñó al teléfono—. Quiero hablar con Abraham Morris. ¿Cómo? De parte de Frank Craig. Dígale que tengo algo importante que decirle...

Esperó un tiempo muy breve. Luego la voz bien modulada de un hombre dijo a través del auricular:

—¿Señor Craig? No creo que nos conozcamos...

—Ciertamente que no, pero vamos a conocemos muy bien esta noche. Lo sé todo, Morris. De arriba abajo, hasta la última letra.

—Está hablando en acertijos.

—¿Son un acertijo veinte estatuillas de oro y un puñado de esmeraldas?

—¡Oh! —Pareció sonar un jadeo. Después, la voz sonó mucho más cautelosa cuando indagó—: ¿Lo tiene usted acaso?

—Seguro. Pero tengo algo más. Tengo toda la historia. La historia por la cual usted hizo matar a Lorne Marley. Lorne Marley era mi mejor amigo y eso va a pagarlo. La historia por la que una pobre muchacha ajena por completo a este drama fue materialmente destrozada por sus matarifes. Eso también va a pagarlo. Y no pienso pedirle cuentas de nada más porque sólo

puedo matarle una vez, así que ya sabe que ésta es su última noche.

—¡Usted debe estar loco! ¿Pretende que haga el menor caso a esta sarta de insensateces?

—Ya sabe que debe hacerme caso. Es una situación divertida, ¿no le parece? Yo voy a venir esta noche para ajustar cuentas y usted no puede pedir ayuda a la policía porque sería tanto como anudarse un nudo corredizo a la garganta. Está completamente indefenso... en mis manos. Y ya sabe cómo trabajo con el revólver. Y si no lo sabe lea los periódicos. Hasta pronto, amigo. Supongo que tiene hecho el testamento.

Colgó y estuvo riéndose entre dientes casi un minuto ante la mirada estupefacta de la muchacha.

—Debes haber perdido el juicio —jadeó Grace—. Anunciarle que vas a atacarle esta noche, para que esté esperándote con todo un ejército de pistoleros. Además, le dijiste que... que...

—Que tenía las estatuillas —terminó él sin dejar de reír.

—Eso es. ¿Quieres decir que las tienes realmente, o fue solo un farol?

—Sé dónde están. Siempre lo he sabido en realidad, a menos que esté muy equivocado, cosa que no creo.

Ella le miraba cada vez más asombrada.

—¿Que sabías todo el tiempo...?

—Naturalmente, gatita. Sólo era cuestión de utilizar la sesera. ¿No te das cuenta todavía? Lorne llegó en coche y antes de entrar en la ciudad se detuvo en un motel, donde se alejó momentáneamente. No fue a ninguna parte desde que llegó allí. Y por otra parte, él sabía que desde que salió de Venezuela un tipo muy peligroso iba pisándole los talones, de manera que no se entretuvo por el camino. Así las cosas, le atacaron en su cabaña y murió. Todo el mundo registró el *bungalow*. Pero a nadie se le ocurrió pensar que él había venido en coche.

—¡El coche! —jadeó la muchacha.

—El botín debe estar oculto en el vehículo todavía.

Y el coche aparcado en los sombrajos del motel, entre muchos otros.

—¡Dios bendito! ¿Será posible?

—Estoy casi seguro. Y ahora me largo. Es preciso organizar bien el último asalto.

—¡Espera un minuto! Debes llamar a la policía... Ir solo a casa de ese individuo es un suicidio. ¿No comprendes que estarán esperándote?

—¿Quiénes?

—Pues ese tal Morris, y el forajido del teléfono, y...

—Precisamente.

—¿Qué?

—Es la única manera de saber quién es en realidad el pistolero del teléfono, pequeña. Allí estará también, guardando las espaldas de su patrón, esperándome... como la araña a la mosca. Sólo que no todas las moscas se dejan enredar en la telaraña.

La besó en la punta de la nariz, sonrió, dio media vuelta y abandonó la habitación del hotel tan aprisa que cuando ella quiso detenerlo ya había desaparecido.

Se dirigió a su apartamento a toda prisa y una vez allí se desvistió, enfundándose después en unos pantalones estrechos, de pana negra. Se puso una camisa también negra, la funda con el revólver y un puñado de cartuchos en los bolsillos, y finalmente se enfundó en un jersey ligero y negro.

Si el capitán Wilcox hubiera podido verlo en esos instantes con toda seguridad le hubiera dado un síncope...

Abraham Morris era un hombre socialmente intachable, de los que las revistas de chismes califican de «importantes».

Tenía la apariencia de un acaudalado *play-boy* y en cierta forma lo era. Le gustaba ver su imagen reproducida en las revistas, rodeado de otras gentes «importantes», de mujeres hermosas con poca ropa en las playas de moda.

También le gustaban otras cosas, naturalmente.

Lo que no le gustaba era el hombre que estaba ante él en la biblioteca de su residencia.

Porque aquel hombre no pertenecía a su mundo, aunque le necesitara angustiosamente.

Aquel hombre era Tonio Strozzi.

—¡No quiero que sus hombres le maten! —exclamó el millonario en un momento determinado—. ¡El sabe el paradero de las estatuillas! ¿Comprende? Es necesario que hable... que me diga dónde están. Por encima de todo quiero esas piezas para mi

colección.

El gángster no pudo ocultar una mueca de disgusto.

—A fin de cuentas —gruñó—, no son más que pedazos de oro. No le comprendo a usted, de veras. Tiene dinero suficiente para comprar todo el oro que se le antoje y...

—¡Porque no ve más allá de sus narices! Son piezas únicas, los últimos y definitivos vestigios de una cultura desaparecida. Su valor no reside en el peso del oro, sino en el significado histórico... Ningún otro coleccionista del mundo posee nada semejante...

Strozzi se encogió de hombros.

—De acuerdo —refunfuñó—, le cazaremos vivo, si realmente se atreve a venir. Pero insisto en que sería mucho más fácil enterrarlo.

—Podrá matarlo después de que las figuras de oro estén en mi poder. Yo mismo siento que sería capaz de hacerlo —añadió rechinando los dientes—. Ese maldito lo ha complicado todo, cuando hubiera sido tan fácil...

—No se preocupe, esta vez no fallará nada. Hay cuatro hombres en el jardín, esperándole. El viene aquí creyendo tener que habérselas sólo contra usted, un hombre rico y casi indefenso según su punto de vista. Va a llevarse una sorpresa.

El millonario encendió nerviosamente un cigarrillo. Luego, paseándose de un extremo a otro de la biblioteca, gruñó:

—Le pagaré más de lo que le prometí si consigue que Craig entregue las estatuillas, Strozzi.

—Me encargaré de recordarle esta promesa a su debido tiempo, señor Morris —rió el pistolero, retrepado en una gran butaca.

El aristócrata miraba impaciente su reloj una y otra vez.

Tonio Strozzi permanecía tranquilo. El era un profesional y nadie ignoraba que carecía de nervios.

Además, tenía cuatro hombres de confianza en el exterior aguardando bien ocultos la llegada del expolizante. ¿Qué podía temer?

Los cuatro forajidos que vigilaban el jardín eran también profesionales de la degollina. Hombres sin escrúpulos, sin conciencia y sin cerebro, sólo buenos para el sangriento trabajo en que se habían especializado.

Como Angy Coletti, por ejemplo. Coletti había conocido varios presidios por dentro. Tenía treinta y cinco años y su primera

condena la cumplió a los veinte. Después se habían sucedido otras, pero ninguna lo bastante grave como para apartarle definitivamente de su carrera de crímenes.

Le gustaba vivir bien, por eso su tarifa era elevada. Entre la gente de su mundo oscuro y sórdido era fama de que nunca fallaba. Los años de presidio le habían proporcionado una astucia de animal salvaje y en su trabajo era de lo mejor que podía contratarse.

Tenía tanta carencia de nervios como de imaginación. Agazapado en las tinieblas ni siquiera pensaba. Sabía lo que debía hacer si llegaba la ocasión y eso era todo.

No ansiaba fumar, ni cambiar de postura, de largarse al cine o a hacer el amor con la primera furcia que pudiera cazar... No deseaba nada cuando «trabajaba», sólo hacer el «trabajo» y cobrar.

Cuando las tinieblas a su lado parecieron cobrar vida apenas si cayó en la cuenta de que aquello no era posible, que un pedazo de negrura no puede moverse de pronto como un fantasma redivivo...

No obstante, se volvió y era cierto que las negras tinieblas que le protegían estaban agitándose. Luego, cuando quiso hundir la mano en la axila, el universo entero pareció caerle encima y todo estalló en su cerebro como un chispazo.

Un segundo golpe le cazó en la frente y la cabeza sonó como una calabaza vacía que se rompe. Y ya no hubo estallido, ni luces, ni siquiera dolor. Se abatió sobre el césped y quedó definitivamente quieto.

Frank se irguió un poco, apenas visible con su atuendo negro y la cara tiznada. Empuñaba el revólver como si fuera una maza y al comprobar que nada se agitaba cerca lo enfundó, registró al caído pistolero y le arrebató una enorme y pesada automática. Bien manejada podía ser mucho más efectiva como maza que el «38».

El siguiente vigilante que descubrió se llamaba Carter, era grande y pesado y en contraste con Coletti sus nervios no le dejaban en paz.

Los tenía tensos, aguzados, y se moría por fumar un cigarrillo, pero las instrucciones de Strozzi habían sido terminantes y con el cabecilla no valían coplas. De modo que nada de cigarrillos.

De pronto notó una extraña sensación, como si tras él el aire hubiera agitado una rama. Sólo que no soplaba ni una brizna de aire...

Se volvió.

El pesado pistolón le golpeó de lleno en la frente.

Carter olvidó definitivamente sus deseos de fumar. Lo olvidó todo. Se derrumbó y el césped ahogó el golpe de su cuerpo al caer.

Unos minutos más tarde, la puerta principal de la extensa residencia se abrió dando paso a Tonio Strozzi, cuya silueta se recortó contra la luz del interior. Cerró y echó a andar con ánimo de comprobar personalmente que sus esbirros ocupaban cada uno su puesto.

Encontró a Coletti derribado y ahogó un juramento. Encendió una cerilla y vio el rostro del pistolero cubierto de sangre que había manado de su cabeza rota. Apagó la cerilla y se irguió amartillando un poderoso revólver provisto de silenciador.

No había contado ni por un momento que el intruso pudiera sorprender a uno de sus hombres.

Cuando se apartaba del cuerpo inerte de Coletti oyó, lejano, un ronco grito. Luego, silencio otra vez.

Echó a correr como un gamo. Dobló la esquina, protegido tras un seto. Sus pies se enredaron con algo fofo y sin poder contener una sonora maldición dio dos tumbos y se estrelló contra el ramaje.

Las ramas le arañaron la cara. Tanteó tras él hasta encontrar otro cuerpo tan quieto como el de Coletti.

Sintió un ramalazo de pánico. Pánico porque el grito que él oyera había procedido de la otra fachada del edificio, de modo que no había podido lanzarlo Carter, tumbado junto a él.

Eso indicaba que un tercer vigilante había sido abatido. Y sólo había cuatro.

Se levantó, ahora con infinitas precauciones, el oído atento y forzando la vista para taladrar la oscuridad.

Justo en aquel instante sonó el bronco rugido de una pistola.

Fue un trueno repentino, bronco, y cuyo eco murió entre la arboleda sin que ningún otro sonido turbara el silencio.

Strozzi caminó cautelosamente, pero con mal reprimida prisa.

—¡Barrett! —Gruñó—. ¿Lo tienes?

—Creo que sí —replicó una voz contenida.

El gángster suspiró, abandonó la protección del seto y se irguió.

A corta distancia yacía el cuerpo de un hombre. De un salto estuvo a su lado. Si habían matado a Craig el millonario iba a

armarla buena...

Sólo que no era Craig.

Era Barrett.

Dio un salto atrás. La voz que le había respondido no era la de Barrett entonces.

—Las manos sobre la cabeza o acabas como tus compinches.

Se quedó inmóvil, conteniendo el aliento.

La voz repitió:

—¡Arriba esas manos!

Algo duro se incrustó en su espalda. Sintió la tentación de volverse y disparar al mismo tiempo, pero sabía que el arma que se apoyaba en su columna vertebral sería mucho más rápida...

Dejó caer el revólver y levantó las manos.

—¡Vuélvete!

Lo hizo. En el primer instante no distinguió absolutamente nada.

Luego, sí.

Después, una sombra negra se movió y vio la gran pistola que le apuntaba.

—¿Craig? —jadeó.

—Seguro. Camina hacia la casa. ¿Cómo te llamas?

—Tonio.

—¿Y...?

—Tonio Strozzi.

—¡Cuernos, Strozzi!

Empujado por el detective, anduvo recto hacia la casa. Entraron y Frank cerró la puerta, siempre cubriendo a su prisionero con la pistola.

—Llévame a dónde esté Morris, y si él tiene un arma adviértele de que si trata de usarla tú te mueres. Andando.

—El... él está desarmado.

—Bueno, adelante.

Cuando el pistolero abrió la puerta de la biblioteca, el millonario exclamó:

—¿Qué fue ese disparo, Strozzi?

Entonces vio aquella especie de negra aparición detrás del gángster y dio un salto, aterrorizado.

Frank gruñó:

—No se mueva de donde está, Morris, porque estoy ardiendo en

deseos de matarle... Permanezca muy quieto si quiere seguir respirando un poco más.

Strozzi refunfuñó:

—Obedezca, señor. Le matará sin vacilar... ya ha matado otras veces. Es Craig.

Lívido, el millonario volvió a sentarse y se quedó muy quieto.

—Tú, Tonio, siéntate en esa otra butaca. Ponte cómodo.

—Le arrancaré la cabeza, Craig —farfulló el aludido.

—Sí, ya sé que te gustaría hacerlo.

El aristócrata recobró la voz al fin y barbotó:

—Es usted un estúpido, Craig... Luchar contra mí no le llevará a nada práctico. Yo podría pagarle sólo con que me dijera dónde están las estatuillas.

—¿Podría devolverles la vida a Lorne Marley y a la chica que mataron en mi apartamento?

—Eso nadie puede hacerlo.

—Pues sería el único precio que salvaría su vida, hijo de perra.

—¡No puede matarme a sangre fría!

Frank rió entre dientes.

—Le aseguro que mi sangre hierve ahora que le tengo ante la mira de mi pistola. Dígame sólo una cosa que aún no entiendo y acabemos. ¿Pagó usted para que las estatuillas le fueran robadas al coleccionista colombiano?

—Sí... Fue un trabajo perfecto hasta que Marley y otro hombre lo estropearon al asaltar al contrabandista que las sacó del país...

—Debe estar usted completamente loco. Nunca habría podido venderlas.

Abraham Morris dio un respingo, escandalizado.

—¿Venderlas? —chilló—. ¡Yo no las hubiera vendido ni por todo el oro del Gobierno! Las quería para mí... para mi colección particular... habrían sido las piezas más valiosas que nadie tendría nunca...

—Ya veo... sólo las habría admirado usted, ¿no es eso? Porque en cuanto alguien entendido las viera sabría que eran robadas...

—Nunca he mostrado mi colección a nadie —dijo desdeñosamente—. Tanta belleza es sólo mía, ¿comprende?

Pero no, es usted nada más que un saco de músculos. No puede comprender esta clase de goce...

—Eso puede jurarlo.

Strozzi masculló:

—¿Piensa matarnos sin más, Craig?

—Ciertamente, eso voy a hacer. Para eso vine, Tonio. Hiciste el peor negocio de tu vida al contratarte con ese tipejo.

—Pagaba bien. El me necesitaba a mí y yo necesitaba su dinero. Es así de sencillo.

—Claro, tan sencillo como torturar a un hombre y a una mujer hasta matarlos.

Tonio cruzó las piernas. Había recobrado la calma al parecer.

—Lo de la chica fue solo una equivocación de los tipos a quienes encargué el trabajo. Al encontrarla en tu apartamento la confundieron con la otra.

—Eso pensé yo... Sólo que la «otra», como tú dices, es la mujer que se va a casar conmigo. Le ofreceré tu cabeza como regalo de boda...

Tonio sonrió.

—Saldrías ganando ofreciéndole la fortuna que el señor Morris estaría dispuesto a pagar por esos ídolos de oro...

—El ni siquiera los verá.

Strozzi se encogió de hombros. Tenía las manos cruzadas sobre las piernas. Tan pronto Craig volvió su atención hacia el millonario. Descruzó las piernas y se quedó inclinado hacia adelante, como si quisiera prestar toda su atención a lo que el detective iba a decir.

Frank dijo:

—Cometieron ustedes tantos errores que casi me dieron pena... Utilizar uno de sus coches para espiar a Grace. Eso me hizo fijarme en usted. Encargué a una agencia un informe completo y salió a la luz que es famosa su colección de antigüedades particular, que la guarda en un sótano acorazado y que ha pagado enormes fortunas por algunas de sus piezas. Eso me abrió los ojos, porque también supe que las estatuillas habían sido robadas a otro coleccionista colombiano...

—¿Cree que podrá probar nada de eso, nunca?

—No necesito probarlo. Usted está sentenciado a muerte y tiene al verdugo ante sus narices. Sólo déjeme decirle otra cosa y habremos terminado... Su relación con el anticuario, Morris. También aparecía en los informes que había mantenido frecuentes

tratos con él... ¿Qué pasó, el viejo cuervo quiso exprimirle?

No obtuvo respuesta.

Tonio Strozzi estaba atándose el cordón de un zapato.

De pronto, Morris balbuceó:

—¡Cien mil dólares, Craig!

—¿Qué?

—Por las figuras... Cien mil dólares. Nunca reunirá usted tanto dinero...

—Cada uno de esos dólares me recordaría a Marley y la chica... tal como los vi después del trabajito que les hicieron. No vale, amigo. El juego terminó. Para usted fue un juego con oro. Ahora es sólo el juego de la muerte.

Inesperadamente, en la lejanía se oyó el agudo lamento de una sirena.

Frank se puso tenso.

—¿Qué diablos...?

Tonio se irguió como un muelle. En su mano apareció un pequeño revólver y con el mismo movimiento disparó.

La bala le pegó a Frank en el costado y le hizo girar en redondo. Apretó el gatillo y la enorme automática retumbó como una bomba entre las paredes.

Los ciento y pico de gramos del proyectil tiraron a Tonio fuera de la butaca, girando como una peonza antes de caer. Empezó a apretar el gatillo del revólver una y otra vez.

Frank cayó de rodillas. Tiró del gatillo con los dientes apretados, enfurecido, y la segunda bala blindada le entró a Strozzi por el cuello.

Frankladeó la pistola hacia el millonario. Le vio rígido en la butaca, la mirada desorbitada... La mirada de sus tres ojos.

Creyó que su visión le jugaba una mala pasada porque nadie puede tener tres ojos en la cara...

Sólo que allí estaban.

Una de las balas de Strozzi, cuando éste disparaba al girar, le había entrado al millonario por encima del puente de la nariz.

Frank se relajó. El dolor de la herida apenas contaba en esos instantes que sólo se viven una vez.

Luego, empezaron a entrar hombres de uniforme y la sala se llenó de gritos, y el capitán Wilcox le levantó en vilo gruñendo en

todos los tonos para arrojarle sobre una butaca.

—¡Llamen una ambulancia! —bufó—. Ya era hora de que alguien le diera su merecido a este... este matarife.

Frank parpadeó.

—¿Cómo demonios... supiste que yo estaba aquí? —Gruñó.

—Yo le llamé, Frank.

Éste ladeó la cabeza.

Grace estaba de pie junto a la butaca, mirándole con sus grandes ojos rebosantes de angustia.

Con voz que temblaba susurró:

—Me moría de incertidumbre, querido... pensé que te matarían, que también te perdería a ti... no pude soportarlo y llamé al capitán.

—¡Mujeres...!

Pero fueron los brazos de una mujer las que le rodearon el cuello.

Y también fue una mujer la que permaneció a su lado cuando se lo llevaron a bordo de una camilla.

Una mujer que ya no se separaría de su lado jamás.

Y no estaba muy seguro de que fuera eso lo que había deseado.

Claro que eso lo pensó mientras le transportaban, con un plomo en el cuerpo inutilizándole.

Cuando pudiera valerse, sin duda, sus pensamientos se dirigirían por otros derroteros.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



